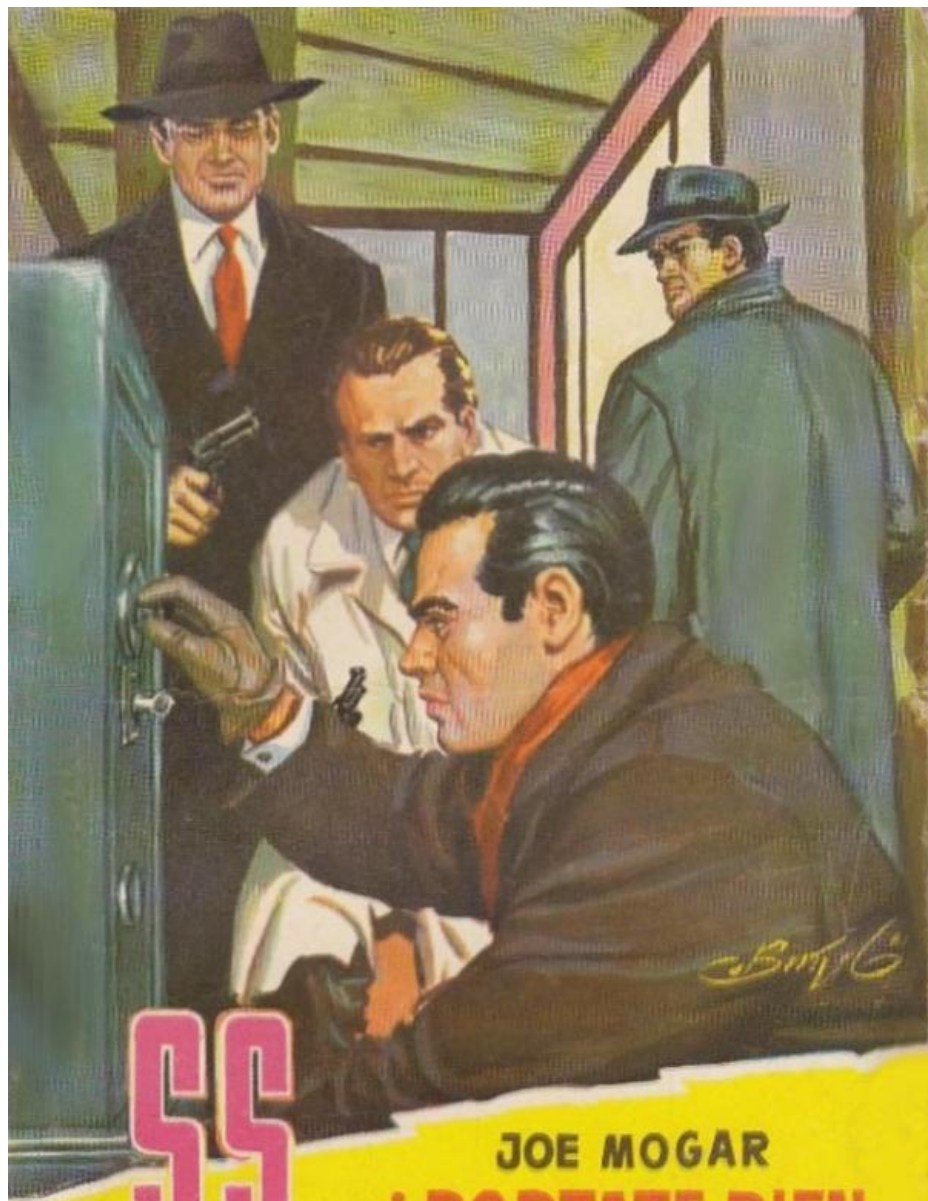




SS

SERVICIO
SECRETO

JOE MOGAR
**¡PORTATE BIEN,
QUERIDA!**

JOE MOGAR

**¡PÓRTATE BIEN,
QUERIDA!**

1.ª EDICIÓN
DICIEMBRE - 1961



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



PARA PERSONAS FORMADAS

DEPOSITO LEGAL B 15103 - 1961

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© JOE MOGAR - 1961

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1961**

N. R. 5663/61

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL:

En Colección BISONTE:

629. — Ráfagas de muerte. 687. — Raza condenada. 723. — El hombre de Los Angeles.

En Colección BUFALO:

323. — Atraco en Wiley. 348. — Plomo bajo la piel. 393. — Alias "Pistol Kendall".

En Colección SERVICIO SECRETO:

538. — Un cadáver en el Bronx. 575. — No dispares, preciosa. 578. — Requiem por mi esposa.

En Colección CALIFORNIA:

147. — El hombre que compró Cheyenne. 167. — Un rancho en apuros.

En Colección TEXAS:

203. — La ruta de Santa Fe. 226. — El diablo a caballo. 245. — El sustituto del muerto.

En Colección KANSAS:

107. — ...Y el pistolero volvió. 146. — El que a hierro mata...

En Colección BRAVO OESTE:

35. — Viento del sur. 39. — Dos tumbas en Cheyenne.

PROLOGO

El automóvil, un “Buick” sedán, modelo 1958, pintado de negro, estaba aparcado en la acera derecha de la calle 20 en pleno Manhattan Oeste. Hora, las cuatro cincuenta de la madrugada.

Dentro solo había un hombre con el sombrero encasquetado sobre los ojos, y con éstos fijos en el reloj luminoso del tablero. Tenía un cigarrillo en la boca, pero estaba apagado, y no se atrevía a encenderlo a pesar de que deseaba hacerlo.

Su inmovilidad era aparente, ya que junto al freno, el acelerador y el embrague, sus pies se movían nerviosamente. Parecían seguir el tic tac del reloj.

Iban pasando los minutos con una lentitud desesperante para él. Había transcurrido ya algo más de media hora desde que detuvo el “Buick en aquel lugar, y durante ésta, sus nervios estaban sufriendo una dura prueba.

El hombre levantó la cabeza apartando los ojos del reloj para mirar hacia adelante, a la esquina. Empezaba a impacientarse. Aquel era el primer trabajo que hacía por cuenta de Murdock, el hombre que pagaba más que cualquier otro, y del que nada sabía.

No le había visto nunca, y, según oyera, nadie le vio tampoco, tan seguro como él lo estaba de no haber visto en su vida los hombres que le acompañaban aquella noche para ultimar la faena.

Así trabajaba Murdock. Tal vez por eso no le habían cogido nunca.

Repentinamente, los ojos del hombre brillaron en la oscuridad que reinaba en el interior del “Buick”, mientras dejaba escapar un suspiro de alivio.

Y es que, doblando la esquina, acababan de aparecer otros cuatro, de dos en dos, y a largas zancadas se acercaban al automóvil. Puso el motor en marcha y esperó a que llegaran.

No hablaron una sola palabra durante los segundos que invirtieron en subir al “Buick”. Tan, solo cuando éste arrancó, Bill Harris, el hombre que empuñaba el volante, se atrevió a romper el silencio.

—¿Salió bien todo?

Uno de, los cuatro soltó una tenue risita.

—Como cosa de Murdock, Harris. Ha sido un negocio redondo, aunque tuvimos que arrearle al vigilante. Pero no te preocupes, no fue nada serio.

—¿Mucho?

Los cuatro hombres entendieron la pregunta, pero no dieron señales de haberla oído. Bill Harris, frente al volante, se mordió los labios y permaneció callado, comprendiendo que acababa de cometer una indiscreción.

Sorteando el escaso y casi nulo tráfico, condujo al “Buick”, con mano maestra, hasta la calle 52.

Lo arrimó al bordillo entre la Quinta y la Sexta Avenida y lo detuvo allí. Dos de los cuatro hombres que había en la trasera del “Buick” saltaron de éste y con pasos rápidos y medidos se acercaron a un “coupé” descapotable, pintado de rojo chillón.

Inmediatamente arrancaron perdiéndose Sexta Avenida adelante, mientras Harris arrancaba, para dirigirse ahora hacia Columbus Circle.

Una vez allí, detuvo el coche frente a una cerrada cabina telefónica. Los dos hombres que quedaban con él saltaron a tierra. Caminaron por espacio de una manzana y luego subieron a un pequeño “Austin”, color gris.

Harris arrancó aprisa, pero aún tuvo tiempo de ver la dirección que tomaban, cosa que no le importó ni poco ni mucho, ya que él había recibido su parte.

Tres mil dólares en billetes pequeños. Pensando en esto, se dispuso a cumplir la última parte de lo que le había sido encomendado para aquella noche.

Diestramente condujo el “Buick” por espacio de tres cuartos de hora, y finalmente lo detuvo al final de Madison Avenue. Descendió de él sin cerrar las portezuelas con llave, ya que no la tenía, y se alejó andando pausadamente hasta la primera boca de “metro”.

Descendió a él, sacó un billete, y quince minutos más tarde salía a la calle 49.

Harris siguió andando por espacio de dos manzanas, y luego se dirigió resueltamente hacia el “Morris” de dos plazas que había aparcado frente al número 7.008.

Subió a él y se alejó en dirección Oeste.

* * *

Todo el Departamento de Homicidios estaba en conmoción aquella mañana. En su despacho, la alta y fuerte figura del inspector Don Murphy, permanecía reclinada contra el respaldo de un gran sillón tapizado de cuero verde oscuro.

Frente a él, y mirándole con rostros serios e impenetrables se encontraban el teniente Dick Jackson y el sargento Ted Nolan, ambos

pertenecientes a su departamento.

Ninguno de los tres hablaba.

Estaban pensando desde las seis de la mañana, hora en que sonó el teléfono particular de Murphy para anunciarle que se había cometido el quinto robo de joyas de aquel año.

Murphy estaba recordando esto en aquel momento. Recordaba que se había tirado rápidamente de la cama y había ido allí, a la joyería de “Jeff Malcom, Hermanos”, en donde había interrogado al vigilante, quien le mostró en lo alto de la cabeza un chichón grueso como un huevo de paloma.

Nada había podido sacar en claro de las declaraciones de éste. En cuanto al robo, tenía las mismas características del primero, y de los siguientes. La falta total de huellas. Ni el más ligero rastro de los ladrones, que, por otra parte, aquella noche podían vanagloriarse de su pericia y de su organización.

Repentinamente, Murphy sacudió la cabeza como para desechar aquellos pensamientos, miró a sus dos subordinados y espetó:

—No me extrañaría nada que después de esto intervenga el F.B.I.

Jackson denegó con la cabeza antes de replicar:

—No, si podemos probar que las joyas no han salido del país.

—Pero saldrán, indudablemente, Jackson. Puedes meterte eso en la cabeza. Sobre todo éstas de ahora. Casi medio millón de dólares en joyas de fácil venta, después de desmontadas, y no tenemos ni la más ligera idea de quién lo ha hecho. Hemos detenido a más de un sospechoso. Incluso a dos *gangsters* que intervinieron en el tercer robo, pero ninguno de ellos sabe nada. Nadie conoce al jefe supremo, al que les manda. Simplemente con una nota en la cual les indica lo que tienen que hacer hasta en sus menores movimientos. Come ves, Jackson, no sabemos nada. Y lo que es...

—¿Por qué crees que esas joyas saldrán de los Estados Unidos? —preguntó el hasta ahora silencioso Nolan.

—Es fácil deducirlo, Nolan. Nosotros, y como sabes, hemos mandado una lista de las joyas robadas a los prestamistas, usureros, a las casas de empeño; en fin, a todos los sitios donde necesariamente podrían ir a parar. Pues bien, hasta ahora el resultado de todo ha sido nulo. Por otra parte, el hombre que se hace llamar Murdock conoce a todos nuestros agentes. Eso es lo que necesariamente hace que fracasemos.

—Es un bonito problema, Murphy, y de difícil solución.

Un gesto de desolación se plasmó en la boca del aludido.

—Sí —dijo—. No me extrañaría que cualquier día me pidan que presente mi dimisión. ¡Esa maldita Prensa!... Como si uno no tuviera bastante con el malestar que reina aquí dentro.

—¿Qué podríamos hacer?

La pregunta surgió de la boca de Nolan. Después llegó la respuesta, y al

cabo de un cuarto de hora, el trío empezó a discutir. Cuando la discusión parecía llegar a su punto culminante, fue interrumpida por la entrada de un agente de uniforme, que informó a Murphy de que el jefe quería verle.

El inspector se levantó con un suspiro del sillón que ocupaba y fue hacia la puerta. Detrás de él sonó la voz de Jackson:

—Suerte, Murphy.

El inspector echó a andar por el pasillo después de cerrar la puerta tras él, pensando que le iba a hacer mucha falta lo deseado por Jackson.

CAPITULO PRIMERO

Pagó la consumición y se puso en pie. El *barman* dio las gracias y le hizo una reverencia a causa de la espléndida propina, y Peter Dickson salió del bar “Manhattan”, caminando sin prisa.

Dickson rondaba los veintiocho años. Era alto y fuerte como un roble. Sus anchos hombros y la estrecha cintura, amén de los musculosos brazos y piernas, junto al color de su tez, hablaban claramente de deportes al aire libre y de diversos ejercicios.

Dickson tenía el pelo castaño y los ojos pardos, muy, oscuros, casi negros. Su frente era despejada, la nariz recia, y la boca un poco grande, de labios delgados y fruncidos casi siempre en una mueca semiburlona o humorística.

Su mentón, cuadrado, se erguía hacia adelante, como una muestra más de desafío de las que ya de por sí contenía su persona.

Vestía una chaqueta de “Cheviot”, de impecable corte, y unos pantalones grises de bien planchada raya. Zapatos negros y brillantes, camisa blanca y corbata de colorines.

Tal vez esto era la única nota discordante en su atavío, ya que el sombrero con que se tocaba, ladeado un tanto sobre la oreja derecha, era tan impecable como sus calcetines de seda, blancos, y el resto de su indumentaria.

Una vez en la acera. Dickson encendió un cigarrillo. Luego miró a ambos, lados y sonrió. Siguió andando tranquilamente con los ojos fijos en los automóviles aparcados en la playa de estacionamiento.

Su destino parecía ser un “Alfa Romeo”, modelo “sport” y fabricado aquel mismo año 1961.

Y lo era, ya que Dickson se detuvo junto a él mirándole a hurtadillas, mientras sus miradas iban a las personas que abarrotaban la acera donde se encontraba buscando alguna cara conocida que le impidiera hacer lo que tenía en proyecto. Algún conocido, o simplemente un policía.

Pero no lo sabía. Pensando en si estaría o no la llave del contacto. Dickson se encaminó, ahora rectamente hacia el descapotable. Miró al interior. Las llaves estaban puestas.

Suspiró y luego probó la portezuela. Estaba cerrada con llave. Miró las

que colgaban junto al volante, y después en torno. Al fin se decidió.

Dio una vuelta completa al automóvil, yendo a la ventanilla contraria. Alargó el brazo y el manojó de llaves llegó a su poder. Con éste en la mano lanzó otra ojeada alrededor y entonces probó la primera llave.

Tuvo suerte, la pequeña cerradura giró sobre sus pivotes y Dickson abrió la portezuela. Se sentó frente al volante, dio el encendido, y unos segundos después, el “Alfa Romeo” enfiló la Quinta Avenida, acelerando cada vez más. Detrás de él, un automóvil de la Brigada Volante se despegó del bordillo. Había tres agentes dentro, y Dun Collins, un mago del volante, lo conducía.

Dun no sabía de qué se trataba. Tampoco preguntó nada ni hizo objeción alguna cuando el inspector Murphy dijo repentinamente:

—Vamos, Dun, es aquel “Alfa Romeo”.

Calló y obró en consecuencia ya que para eso estaba allí desde hacía unas horas, en las cuales solo había recibido una consigna: la de estacionarse allí y esperar órdenes.

En fin, éstas habían llegado ya, y ahora a correr.

Delante, y por el espejo retrovisor, Dickson vio el automóvil de la Brigada Volante. Curvó los labios en una burlona sonrisa, y hundió a fondo el acelerador.

El “Alfa” dio un formidable salto y atravesó el disco rojo como una centella entre el furioso pitido del guardia de la circulación. Luego tuvo que aplicar un poco el freno mientras torcía el volante a la izquierda para evitar un enorme camión que se le venía encima, y luego, bruscamente, a la derecha esquivando por los pelos a un coche de turismo.

Dickson oyó las voces airadas del conductor y sonrió mientras a su espalda empezaba a sonar la sirena de la policía.

El tráfico comenzó a apartarse a ambos lados de la calle y Dickson se regocijó de ello. La Brigada Volante le estaba ayudando con el toque de su sirena a que acabara de apoderarse de aquel magnífico automóvil.

Luego pensó que tal vez le cogieran. Pero si era así, les iba a dar una carrera que recordarían mucho tiempo. Detrás de él, los ojos de Dun brillaban tras el volante llenos de admiración por el hombre que conducía el “Alfa Romeo”. Estaba pensando que no era él solo el único buen chofer que había en Nueva York aquel día.

Y se admiró aún más cuando vio el automóvil fugitivo doblar la siguiente esquina sin disminuir la velocidad entre un chirrido espeluznante de llantas y maldiciones de peatones.

Dun hundió aún más el pie en el acelerador mientras hacía sonar la sirena, y se subió a la acera al dar la vuelta sobre dos ruedas. Luego enderezó el volante, y el automóvil recobró milagrosamente su estabilidad.

Ahora Dickson se dirigía hacia la carretera 23 Oeste. Dun torció la boca. Se daba cuenta de que si el fugitivo la alcanzaba no lograría

atraparle nunca, cuando no lo había hecho en pleno Nueva York.

Pero no fue así. Dickson no llegó nunca a la carretera 23 Oeste. Mucho antes, la desgracia, en forma de un enorme camión cayó sobre él.

Este salió inopinadamente de una de las callejuelas adyacentes y le blocó el paso. Aquel, apenas si tuvo tiempo de aplicar los frenos. Luego saltó sin necesidad de abrir las portezuelas, y echó a correr hacia el parque que tenía enfrente.

Dun, el inspector Murphy y el sargento Nolan, saltaron también del automóvil policial y corrieron tras él, haciendo sonar los silbatos.

Dickson alcanzó los jardines y se metió por ellos. Era un buen corredor y confiaba en sus piernas. Pero, al parecer, aquel día estaba de mala suerte, inopinadamente y a su derecha surgieron dos policías de uniforme, seguramente atraídos por el silbato que no dejaba de sonar.

Le vieron y fueron hacia él demostrando con este un perfecto celo por cumplir con su obligación. Dickson les demostró a los dos que él también tenía celo, pero por escaparse. El primero de ellos que se acercó rodó por el suelo víctima del seco trallazo con que le obsequió.

El otro se volvió más prudente. Hizo intención de sacar su arma contra Dickson, pero llegó tarde. Este se lanzó sobre él, le atenazó la mano armada con la derecha y con la izquierda le hundió el estómago de un feroz puñetazo.

El agente boqueó doblándose hacia adelante. La izquierda de Dickson volvió de nuevo a la carga enderezándole de un bestial trompazo que lo lanzó como un saco encima de su compañero.

Pero Dickson había perdido mucho tiempo en aquello. Dun, el inspector y el sargento llegaban ya. Estaban junto a él; a su espalda, por la derecha y por la izquierda, aparecían más policías de uniforme. Por el frente también Dickson vio brillar en sus manos las automáticas.

Entonces dejó caer los brazos con desaliento.

—Está bien, me rindo —dijo—. Pero pórtense bien conmigo.

Unos segundos después, el inspector Murphy, con una sonrisa de satisfacción, le puso las manillas. Luego se lo llevaron, y al día siguiente, en el distrito V, compareció frente a un aburrido juez.

—¿Es cierto que intentó robar un automóvil?

—No, señor juez.

El magistrado le miró torciendo el gesto ante aquella sonrisa de suficiencia.

—¿Quiere decir entonces que aquel “Alfa Romeo” era suyo? \

—No. Lo pedí prestado. Hace tiempo que, quiero comprarme uno, y por eso lo tomé. Quería saber si funcionaba bien. Luego lo hubiera devuelto.

A esto siguió un largo silencio solo roto por la fuerte respiración del inspector Murphy, el cual no le quitaba ojo de encima.

Dickson hacía como que no se daba cuenta, pero no era así. Lo estaba viendo tan claro como que podría salir de allí mediante una fianza cualquiera. Pero se equivocó por completo.

—¿Es su verdadero nombre el que usa ahora?

Dickson sonrió con suficiencia haciéndolo por un lado de la boca.

—Diga a la policía que pruebe lo contrario, señor juez.

—Le he preguntado si...

—Ya le oí. Sí, ese es mi nombre. ¿Algo más referente a ese automóvil?

El juez prefirió ignorar la pregunta y continuó a su vez. Pero cuando Dickson habló de una fianza, Murphy pidió permiso para intervenir, cosa que le fue concedida en el acto.

Había varios periodistas entre los oyentes y mirones, que durante el curso de las preguntas y respuestas preliminares mostraron en sus rostros el descontento ya que aquello que, al parecer, prometía algo sensacional, se estaba desarrollando de una manera aburrida y monótona.

Pero desde que empezó a hablar el inspector Murphy, sus ojos comenzaron a relucir y los lápices corrieron velozmente por el papel.

Hábilmente, Murphy dio a entender que el individuo que se sentaba en el banquillo era más peligroso de lo que parecía a simple vista, y que la policía se mostraba contraria de que le fuera admitida una fianza.

Dejó la semilla de la duda en la mente de todos cuantos le escuchaban, lo que motivó que el juez denegara por el momento la fianza, dando de plazo a Murphy una semana para que presentara pruebas de todo cuanto había dicho.

Dickson salió de allí amanillado y entre dos policías directo a las celdas del Departamento de Homicidios del distrito V, donde estaría hasta la celebración de la nueva vista.

Pero Dickson no estuvo mucho tiempo en la celda. Ni siquiera aquella noche.

Las primeras noticias de su evasión las tuvo el inspector Murphy a las tres de aquella misma madrugada. A sus preguntas, efectuadas por teléfono antes de que se presentara allí, uno de los guardianes declaró que él no había sospechado nada ante aquel guardia que le presentaron simplemente como Joe, cuando le dijo que iba a salir unos segundos a comprar tabaco al estanco que había frente al departamento.

Luego, en vista de que tardaba, se asomó a la calle. El estanco estaba cerrado; por tanto creyó que el llamado Joe se había alejado un poco con objeto de comprarlo en otro sitio.

Media hora más tarde empezó a impacientarse y dio la voz de alarma. Joe no apareció. Parecía como si se lo hubiera tragado la tierra. Después, pero mucho después, fueron a ver cómo se encontraba el preso. Y se asombraron al darse cuenta de que quien estaba en la celda, atado con un cinturón y un pañuelo metido en la boca a guisa de mordaza, y vistiendo

las ropas de Peter Dickson, era el carcelero llamado Joe.

Murphy se vistió apresuradamente y se personó rápidamente en el Departamento de Homicidios. Interrogó estrechamente a todo el personal, pero no pudo sacar nada en limpio. El hombre llamado Peter Dickson se había evaporado como si fuera humo.

Murphy hizo lo único que podía. Radiar sus señas personales, y decir que iba vestido con uniforme de carcelero. Luego fue a sus oficinas, donde estuvo hablando con Jackson y Nolan por espacio de unas dos horas...

Con el nuevo día, la Prensa de Nueva York aireó de tal forma el asunto que hasta a los más apartados rincones llegó la noticia de la fuga casi milagrosa de un hombre que toda la policía Metropolitana conceptuaba como peligroso.

Salió a relucir de nuevo el asunto de las joyas, y ante aquello empezaron a surgir multitud de preguntas incógnitas. Periódicos de renombrada valía preguntaban si aquel Dickson era uno de los dirigentes de aquella bien organizada banda, simplemente un peón más, o solo un ladrón de automóviles.

Dickson no apareció. Durante un par de semanas la policía le estuvo buscando por los sitios más inverosímiles, pero no logró encontrar ni la más ligera pista de él. Esto no tenía nada de extraño. Nadie, ninguno de los diarios sensacionalistas, había podido publicar una sola fotografía suya. No la había, ya que no estaba fichado.

Que aquello era una equivocación del inspector Murphy estaba claro. El debió hacérsela cuando le detuvo. Pero ahora no tenía remedio.

Diez días después nadie parecía acordarse de Dickson y su espectacular carrera en un “Alfa Romeo” robado, y su no menos espectacular fuga del Departamento de Homicidios del distrito V.

El robo a una de las mejores joyerías de la Quinta Avenida vino a sustituirle. Tanto la Prensa como el público, lo mismo que la policía, se apasionaron por él, olvidando, al parecer definitivamente, a Dickson.

Sin embargo, otras personas no lo olvidaban...

CAPITULO II

Desde hacía unas horas caía una fina y pertinaz llovizna sobre Nueva York. Por tanto, nada había de extraño en la figura de aquel hombre que, cubriéndose el rostro con el ala del sombrero, y el cuello de la trinchera subido completamente, caminaba por una calleja de los barrios extremos del Manhattan Oeste.

El hombre sabía adónde iba. Hacía días que tenía elaborado aquel plan, y ahora empezaba a ponerlo en práctica. Podía tener o no éxito en lo que se proponía, pero según sus propios cálculos, aquello último no rezaba para él.

Caminaba un tanto encorvado hacia adelante, por el centro de la semioscura, sucia y mal empedrada calle, al parecer abstraído en sus pensamientos, pero con sus cinco sentidos alerta.

De vez en cuando miraba los números de las casas, cuando no los letreros que había en alguno de los portales, esto siempre y cuando alguno de ellos coincidía con la luz de uno de los pobres faroles de gas que mal iluminaban la calleja.

Finalmente, el hombre se detuvo. Pareció vacilar un poco, miró a derecha e izquierda y entonces se llevó la mano a la axila. La Parabellum alemana que guardaba en ella pasó con movimiento relampagueante al bolsillo de la trinchera color verde oscuro.

Con la culata pegada a su mano derecha, avanzó hacia el oscuro y maloliente portal.

Miró el letrero ahora de cerca. Sí, era allí, en aquella casa, y en el quinto piso. Entró dando un suspiro: El edificio no tenía ascensor y él odiaba las escaleras.

Tanteando la alcanzó y pausadamente empezó a subirla. Suspiró cuando llegó al primer piso y lo hizo también al alcanzar el tercero. A partir de allí, comenzó a moverse como un felino.

Sus movimientos se tornaron rápidos, y en menos de tres minutos, a pesar de que continuaba a oscuras alcanzó su objetivo.

Se detuvo en el rellano y buscó en sus bolsillos. Con el encendedor en la mano escuchó, tendiendo el oído hacia la escalera. Nada, todo era silencio, tan solo roto por el sonido monocorde del desagüe de los tejados.

Entonces ya no vaciló, seguro de que nadie le había seguido hasta allí. Encendió el encendedor y buscó en las placas de las puertas. Luego pulsó el timbre de una de ellas y esperó.

No tardaron mucho en abrir. Y al hacerlo, la luz procedente de aquel apartamento inundó la escalera y a él. A pesar de esto, el hombre no parpadeó. De hacerlo, hubiera sido por causa de la figura de mujer que tenía delante.

—Buenas no... —empezó.

—¿Qué busca aquí?

El desconocido se echó atrás el sombrero, y los ojos negros de la mujer escudriñaron su semblante.

—Vi el letrero que hay abajo. Por eso subí.

La mujer no se apartaba de la puerta. Seguía mirándole con todo descaro de pies a cabeza.

Al fin pareció gustarle el aspecto del desconocido, y más que nada el que no hubiera sacado la mano derecha del bolsillo de la trinchera.

—Pase —dijo.

El hombre lo hizo así y ella cerró la puerta tras él. Luego se volvió para mirarle. El desconocido lo estaba haciendo también.

Frente a él tenía a una rubia oxigenada, de intensos y brillantes ojos negros. Sus curvas eran una maravilla. Alta, de senos opulentos y de largas piernas, del mejor torneado que el hombre había visto jamás.

Sus carnes eran prietas, y su boca roja y carnosa. Vestía una “negligée” de transparente nylon y una bata de casa encima de ésta. Pero estaba en una edad difícil.

La más difícil para toda mujer, o sea, de treinta a treinta y cinco años.

Los pensamientos del hombre los cortó ella al inquirir:

—¿Qué quiere?

—Abajo hay un letrero que dice que alquila habitaciones —sonrió, pero más que una sonrisa fue una mueca—. Quiero una.

Ella volvió a mirarle de pies a cabeza mientras él estudiaba sus hermosas piernas. Luego, la mujer clavó los ojos de manera insistente en la mano derecha del desconocido, que continuaba metida en las profundidades del bolsillo de la trinchera.

—¿De quién vienes huyendo, querido? —preguntó de pronto, y tuteándole.

El desconocido crispó el rostro en una mueca y ella enseñó sus blancos e iguales dientecillos al sonreír ampliamente.

—Una pregunta demasiado indiscreta, ricura —replicó con acento fosco—. ¿Qué te hace suponer que vengo huyendo le alguien?

La mujer rio alegremente. Luego se empinó sobre la puntera de sus zapatos de alto tacón y extendió los brazos desperezándose como una gatita mimosa.

Al hacerlo procuró que su cuerpo rozara el del hombre. Luego sus manos le tocaron la cara, y después intentó enroscárselos al cuello.

El desconocido se apartó rápidamente y ella rio de nuevo, más alegremente aún.

—Lamento no gustarte, querido —dijo. Y volvió a reír para agregar después—. ¿Por qué no sueltas la artillería y se lo cuentas todo a “Mammie”?

—¿Te llamas así?

—No. Mi nombre es Jana Tirrey; pero todo el que me conoce me llama “Mammie”.

—Serán muchos, ¿verdad?

Ella rio tomándole por un brazo.

—Vamos, ven con “Mammie”.

Y le llevó al *living*. Se sentó en el sofá, extendió las piernas sin recato alguno frente al desconocido, y preguntó:

—¿Y tú, cómo te llamas?

El hombre no vaciló en contestar:

—Jim Porter, ricura. ¿Algo más?

—Supongo que hará muy poco que te habrán bautizado, ¿no?

—Sigues siendo indiscreta, preciosa. Si no te callas tendré que besarte.

—Entonces no me callaré. ¿Te han dicho alguna vez que tienes un buen tipo de hombre y que nada más verte... cualquier mujer perdería la cabeza por ti?

La risa del llamado Porter no se puede decir que fuera alegre cuando se echó a reír, sino todo lo contrario.

—Bueno, ¿me das esa habitación o qué?

—Puede... —replicó ella—. Anda, siéntate aquí y cuéntale a “Mammie” lo que has hecho.

Porter permaneció en pie mirándola con ojos brillantes.

—Escucha, ricura. No puedo o no quiero decirte nada. Tú tienes habitaciones y yo quiero una. Me la des o no, mi historia no le importa a nadie. ¿Está claro? Por otra parte, no te aconsejo que vayas a la “bofia”. No lo podría soportar.

A medida que hablaba, Porter se iba acercando a ella, y mientras lo hacía, la mujer se iba reclinando contra el mullido respaldo del sofá.

Porter llegó a su lado. La miró y alargó una mano. “Mammie” no hizo nada por evitar que él la tomara por la barbilla. Tampoco apartó los labios cuando se inclinó sobre ella y la besó, apartándose segundos antes de que le echara los brazos al cuello.

—¿Me das esa habitación, “Mammie”?

—Oye, cariño —dijo ella—. No ando muy a tono con la “bofia”, ¿sabes? De vez en cuando meten las narices por aquí. Y es bastante molesto. Si has matado a alguien, más vale que te largues a otro...

La risa, ahora franca de Porter la interrumpió.

—No, querida. No es eso... Te lo contaré un día de éstos. ¿Qué hay de la habitación?

Ella le miró de manera especulativa. Luego movió la cabeza de un lado a otro y se puso en pie moviéndose felinamente hacia él. La “negligée” rosa de nylon se ciñó como un guante a sus maravillosas formas bajo la bata, y fue ésta la primera vez que Porter tuvo que desviar la mirada de ella para fijarla en otro sitio más en consonancia con sus propósitos al ir allí, y complejamente en desacuerdo con lo que verdaderamente deseaba en aquellos momentos.

—Me arriesgaré, cariño. Pero tendré que cobrarte caro por ella. Es por si me cierran el establecimiento, ricura. “Mammie” tardaría al menos tres meses en poderlo abrir...

—Basta. “Mammie”. ¿Cuánto?

—Diez dólares por día. Es... es mucho, pero las circunstancias son extra...

—Cierra el pico, nena, y toma una semana por adelantado. Después, si me interesa... tal vez me quede un poco más.

Ella alargó la mano rápidamente mientras dirigía una mirada ávida, al grueso fajo de billetes que Porter llevaba consigo.

—Puedes interesarte de paso por mí. “Mammie” está muy sola ahora. También necesita un hombre para el negocio. Un tipo fuerte como tú, por ejemplo. Algunas veces hay algún huésped que no le gusta pagar. “Mammie” tiene mucho trabajo para conseguirlo, cuando lo consigue.

—Anda, ricura, enséñame el cuarto.

Ella echó a andar y Porter fue detrás. Llegaron a una de las habitaciones. “Mammie” pasó delante, encendió la luz y se la mostró.

Era de reducidas dimensiones, pero estaba limpia. Amueblada sin lujo, daba una sensación de bienestar. Porter relajó los músculos, se quitó el sombrero y lo tiró encima de la cama. Luego, la trinchera fue a parar al mismo sitio: Después se volvió a mirar a “Mammie”.

La mujer había cerrado la puerta y estaba recostada contra ella, desperezándose sin recato alguno, con lo que la liviana tela de la “negligée” acusó el impacto del busto alto y prieto.

Porter se acercó con los ojos fijos en los brillantes de la mujer.

—¿Hay muchos huéspedes ahora, “Mammie”? —preguntó.

Ella dejó de runrunear para replicar, sin que por ello sus ojos perdieran el brillo, con lo que Porter pensó que era verdad su primera impresión.

Sí, “Mammie” estaba ahora en una edad difícil.

—No, solo tres. Dos hombres y una mujer. Una chica de unos veinte años. Muy guapa y con una figura que corta el resuello. A ella la vigilo.

—¿Por qué?

“Mammie” se encogió de hombros.

—No lo sé, parece ser que no es de nuestra clase. ¿Sabes? Me escama su presencia en esta casa. Tampoco sé dónde trabaja ni cuáles son sus medios de vida.

—Y de los demás, sí, ¿verdad?

Ella rio, echando la cabeza hacia atrás, poniendo su alabastrina garganta frente a los ojos de Porter, que hizo un soberano esfuerzo por contenerse.

—Claro que sí, querido. Pero no debes preocuparte. Son de confianza. Lo mismo que “Mammie”.

—Quisiera saber hasta qué punto.

Ella arqueó las cejas formando con ellas un arco perfecto. Se abanicó con las largas y sedosas pestañas y fue hacia él moviéndose malignamente.

—¿Desconfías de “Mammie”? ¿De veras?

Porter fue a replicar, pero no pudo. “Mammie” actuó antes, enlazándole con sus bien torneados brazos por el cuello. Se apretó contra él y le besó.

Las vacilaciones de Porter se derritieron lo mismo que el hielo bajo el calor. La abarcó por la cintura y correspondió largamente a la caricia. Después la separó de sí y la condujo hacia la salida.

CAPITULO III

Llevándola de la cintura abrió la puerta y la sacó de la habitación... La miró largamente antes de decir:

—Pórtate bien, querida. Pórtate bien, y así no habrá complicaciones.

Ella, con los ojos brillantes, empezó a arreglarse el desordenado cabello.

—Me he portado bien, ricura —dijo—. No creo que ten...

Y se calló cuando Porter dio media vuelta y, sin dejarla terminar, cerró la puerta a su espalda, para acto seguido apagar la luz. Fuera, “Mammie” quedó mirándola con un extraño brillo en sus hermosos ojos, por espacio de unos cuantos minutos.

Luego, contoneando felinamente su cuerpo de diosa, regresó al *living*. Se tendió en el sofá con el pensamiento puesto en Porter y en el teléfono que descansaba a su lado.

Esperó un buen rato antes de decidirse a tomar el auricular, mientras que en la soledad de su habitación, Porter se quitaba los zapatos pensando en todo lo que había ocurrido en contados minutos, ¿sospecharía algo aquella peligrosa mujer llamada “Mammie”?

Y es que Porter sabía que había besos que significaban la muerte para el que los recibía. ¿Sería él uno de ellos? Era lo más seguro.

Esto se lo contestó a sí mismo, cuando ya iba hacia la puerta, con la “Parabellum” metida en el bolsillo de la americana de su bien cortado traje gris oscuro.

La abrió suavemente y abandonó la habitación encaminándose rectamente hacia el *living*. A pesar de ir completamente descalzo, Porter anduvo de puntillas mirando como fascinado la rendilla de luz que se filtraba por debajo de la puerta.

Se acercó cuanto pudo y miró por el ojo de la cerradura. “Mammie” estaba tendida en el sofá, fumando un cigarrillo. Porter admiró una vez más sus líneas, ahora sin pose alguna, ya que ella se sabía completamente sola.

Repentinamente vio cómo bajaba una pierna hasta el suelo para, acto seguido, alargar la mano hacia el teléfono.

Decidió prestar más atención a lo que estaba haciendo que a su felina y

maravillosa anatomía.

La vio marcar un número y pegó el oído a la delgada hoja de madera. Hasta él llegaron claras, pero distantes las palabras:

—¿Eres tú, Madison?

Naturalmente, Porter no oyó la respuesta del otro lado del hilo, pero siguió con interés lo que hablaba ella.

—Oye, necesito que vengas.

—Sí. Un tipo fuerte, muy joven. De unos veintisiete años. Parece un estupendo chico. Pero “Mammie” no se fía...

— No, Madison. No... sé quién es ni lo qué busca. Pero lleva un arma grande, a juzgar por el bulto que le hace dentro del bolsillo de la trinchera.

—¿...?

—Sí... Pidió una habitación. Y... está nadando en la abundancia. ¿Vendrás?

—¿...?

—¿Mañana? De acuerdo, Madison... ¡Ah! Dijo que se llama Jim Porter, pero creo que mintió. Y ten cuidado con él... Ese Porter parece peligroso.

—¿Qué llegue hasta donde sea para entretenerle? —Porter oyó cómo ella reía—. Claro. Además, el chico me gusta, pero temo a la policía. Por otra parte, no tengas miedo, Madison. Se quedará una semana. Al menos, esto es lo que ha pagado por adelantado.

“Mammie” escuchó unos minutos más, y luego, sin decir una palabra más colgó el auricular. Porter vio cómo abombaba el pecho al lanzar un suspiro y pensó que nadie mejor que ella podía hacerlo con legítimo orgullo.

Luego se apartó aprisa de su observatorio cuando ella se desperezó encima del sofá lo mismo que una maligna y peligrosa gata montesa.

Siempre andando de puntillas, alcanzó su habitación. Se desvistió, metió la “Parabellum” bajo la almohada y se durmió tan tranquilo como un niño. Y cosa rara; soñó con “Mammie”, con su perfume, y con el empuje de sus brazos.

* * *

Madison se presentó cuando todos estaban comiendo, sentados a una mesa de nogal, con “Mammie” a su derecha, uno de los huéspedes a su izquierda, el otro en la cabecera de la mesa, y aquella Venus morena frente a él.

Tan hermosa y joven que Porter no deseó mirarle... al menos por el momento. “Mammie” estaba presente y hacía esfuerzos para que él no apartara su atención de ella.

Pero a pesar de esto, Porter había podido estudiar sin mucho

detenimiento las facciones y la pose de los dos hombres que comían con él en el más completo silencio.

Eran dos *gangsters*. De eso no tenía la menor duda. Moreno y de ojos pardos el más bajo de los dos, y pelirrojo y de ojos negros el otro.

Por primera vez se sintió contento. Y ahora no era por “Mammie”, si es que lo ocurrido entre los dos podía ponerle en aquel estado de ánimo. Era porque sencillamente había caído en mejor compañía de la que podía desear.

Su intuición no le había fallado.

Fue en aquel entonces cuando Madison llamó al timbre de entrada. “Mammie” se puso en pie, le sonrió hechicera mientras la Venus morena le lanzaba una mal disimulada mirada de desdén, y salió a abrir.

Desde el comedor todos pudieron oír las exclamaciones de alegría de “Mammie”. Pero tan solo Porter supo el verdadero significado de ellas.

Un minuto después vio cómo el hombre la llevaba abarcándola por la cintura con su fuerte y musculoso brazo. Entretanto, “Mammie” reía.

Dejó de hacerlo cuando penetraron en el comedor. “Mammie” les miró a todos. Luego se encaró con Joel Dixie y Larry Hume, los dos *gangsters*.

—Vosotros ya le conocéis, chicos —y miró a Porter—. Pero tú no, ricura. Este es Bill Madison, un buen amigo y antiguo cliente de la casa. Y este, Jim Porter, recién llegado a este cubil.

Porter se levantó de la silla, enfrentándose con un rostro anguloso, un cabello entrecano, y unos ojos grises y extremadamente fríos, todo esto encima de un poderoso cuerpo, de huesos y músculos duros como el granito.

Madison fue el primero que habló tendiéndole la mano.

—Hola... Porter —y este se dio cuenta de su vacilación al pronunciar su apellido—. Celebro verle en esta casa de locos.

—Lo mismo digo, Madison. Creo que seremos buenos amigos —mintió con todo el cinismo de que era capaz.

Ambos se estrecharon la mano, y Madison se sentó al otro lado de “Mammie”. Porter pensó que iba descansar de ella, pero no fue así. La rubia teñida dejó de prestar atención a Madison y la emprendió de nuevo con él, de tal manera que Porter se sintió aliviado cuando terminó la comida.

Encendió un cigarrillo y echando volutas de humo por la nariz fue a sentarse en uno de los sillones del *living*, dejando la puerta completamente abierta.

Deseaba ver salir a la Venus morena. Tenía interés por saber qué tal estaba de piernas y de figura. Deseaba, en fin, verla en pie, ya que no había podido conseguirlo, puesto que, cuando, entró en el comedor, la chica estaba sentada.

Pero Porter se equivocó ya que Madison vino a interrumpirle entrando

en el *living* apenas cinco minutos después de que él lo hubo hecho.

Rectamente fue a su encuentro y Porter se tensó como un manojo de cables al ver el sospechoso bulto que llevaba bajo la chaqueta, en el lado izquierdo.

Madison se sentó sin dejar de mirarle.

Después de que transcurrieron cinco largos minutos se decidió a hablar.

—Creo haberle visto en alguna parte..., Porter— dijo.

—¡Ah! ¿Sí?... ¿Por qué no desembucha de una vez, Madison?

El *gangster* le miró fríamente. Luego emitió una tenue risita.

—Se cree un chico listo, ¿verdad?

—Yo no. ¿Y usted?

El aludido entrecerró los ojos. Fingió vacilar unos segundos y después empezó a soltar lo que llevaba dentro:

—Sí —añadió—. Creo que le he visto en alguna parte, pero no recuerdo dónde. Mala memoria la mía, ¿no, Porter?

Este se reclinó contra el respaldo del sillón y lanzó al techo una espesa bocanada de humo.

—Desembuche de una vez, amigo —dijo fríamente.

El *gangster* abrió los ojos y le miró fijamente.

—Pues, sí... Porter —dijo—. Ahora me acuerdo —vaciló de nuevo y añadió como sin darle importancia a la cosa—: ¿Se acuerda de un tipo llamado Peter Dickson? Días atrás, los diarios de Nueva York hablaron mucho de él. Creo... sí, creo que robó un coche, Le admiré, le dio una buena carrera ese Dun de la Brigada Volante. Luego se escapó de entre las garras de la “bofia”. Me estoy preguntando dónde estará ahora.

Le miró a los ojos. El gris acerado de ellos era más frío que nunca. Pero Porter no pareció darse cuenta de ello, pues curvo los labios en una sonrisa cínica.

—Sí —replicó—, creo que leí algo de eso en el “Eco”. ¿Por qué lo ha recordado, Madison?

El *gangster* seguía mirándole fríamente. Sin desviar los ojos de los de Porter, replicó:

—Me lo ha hecho recordar usted. Tanto, que me pareció que era... ese Peter Dickson... ¡Qué tontería! ¿Verdad?

Porter aplastó el cigarrillo en el cenicero y luego se volvió a mirarle. Y lo hizo de frente, acentuando aún más su cínica sonrisa.

—Sí —replicó—. Es una tontería. ¿Cómo pudo ocurrírsele semejante idea, Madison?

Madison se encogió de hombros.

—No lo sé —confesó—. Pero, ¿qué le parece si habláramos de esto en otra ocasión?

—Me parecería bastante mal, Madison. Y le aconsejo que no olvide esto.

—Necesito hablar, con usted, Porter. Alguien está interesado en que lo haga. Esta noche a las diez le espero en la calle 49. En el número 2.008. Es una especie de cabaret. Allí hay chicas, comida, bebida y diversiones. No falte.

Y Madison se puso en pie.

Ahora, los ojos de Porter eran dos rendijas.

—¿Y si no voy? —preguntó, con voz suave.

—En ese caso, alguien que no sea yo ni quien me manda se puede sentir también interesado en los movimientos de un hombre que dice llamarse Jim Porter. Supongo que eso no le interesará a usted, ¿verdad?

—No creí que le fuera bien el papel de soplón, Madison.

La respuesta de este no se hizo esperar. Llevó la mano a la axila, pero la voz, siempre fría, de Porter le inmovilizó.

—No haga eso, Madison —dijo—. Podrían ocurrirle por lo menos un par de cosas. La primera es que antes de que llegase a sacar, le habría metido un balazo en el cuello. La segunda, puede que solo me conformase con partirle el brazo de una forma que jamás le serviría para nada —hizo una pausa y añadió suavemente, hablando en tono cínico y por la comisura de la boca—. Ahora voy a decirle algo más. Métase en su vida si no quiere que le pese. No le tengo miedo a usted ni a nadie. Ni a toda la “bofia” de Nueva York o Chicago. Si soy o no soy Peter Dickson, eso solo me importa a mí. ¿Está...

Un rápido y airoso taconeó interrumpió a Porter, que se volvió en el acto. La Venus morena avanzaba hacia la puerta.

—¡Qué piernas, diablos! ¡Y qué caderas!

Porter soltó la exclamación en voz baja.

Se volvió a mirar a Madison cuando ella llegaba a la puerta.

—Me voy, Madison. Ahora le diré sinceramente que esta charla ha sido sumamente interesante.

—Por su bien le ruego que acuda a esa cita, Dickson.

Porter o Dickson no replicó. Fue a la puerta. Llegó a ella en el mismo momento en que lo hacía “Mammie”.

—¿Te marchas? —preguntó ella.

Porter la besó suavemente.

—Hasta la noche, ricura —dijo.

Y desapareció sin añadir una palabra más.

“Mammie” se volvió encarando a Madison que se había acercado a ella. Le ofreció los labios, que el *gangster* besó.

—¿Qué te ha parecido eso? —preguntó ella, después.

—No lo sé aún, “Mammie”.

—Le reconociste, ¿verdad? Tenía yo razón, ¿no?

—Sí. ¿Recuerdas al tipo aquel que robó un “Alfa Romeo”, y luego se burló de los “polis” en sus propias barbas?

—No me digas que es él.

—Pues sí lo es. Yo estuve en la encuesta por orden de Murdock. Al parecer el jefe se interesa por el chico. Dice que tiene la cabeza para algo más que para llevar el sombrero.

“Mammie” no replicó. Felinamente se acercó a él y Madison la abarcó por la cintura.

CAPITULO IV

Salía la gente apelotonada del Palacio de Justicia de Nueva York, donde acababa de celebrarse la vista contra dos hombres: Larry Tinker y Dave Feldon.

El trio compuesto por el inspector Murphy, el sargento Noble y el teniente Jackson, estaba reunido en las gradas del mismo, junto a una de sus gigantescas columnas de mármol.

La cara del inspector era la más huraña de las tres. Estaba fumando furiosamente desde hacía un par de minutos, y en sus ojos había algo de la furia que le consumía.

—¡Es inaudito! —barbotó al fin—. Nunca lo hubiera creído.

Jackson soltó una tenue risita que nada tuvo de agradable.

—Ni yo tampoco, Murphy. Nunca creí que un picapleitos de segundo orden, como Frack Logan derrotara nada menos que a Chick S. Davison.

A estas palabras siguió un largo silencio, que fue roto por Nolan.

—Tampoco lo hubiera creído yo. Pero así ha sido —hizo una pausa y al fin se atrevió a decir lo que estaba pensando—. Parece ser como si nuestro fiscal no hubiera querido profundizar en el asunto. Apenas si dije palabra alguna durante la acusación. Y, claro está, Logan sacó buen partido de ello.

Murphy mordió el cigarrillo, y luego lo escupió al suelo.

—Esos dos tenían que estar en Sing-Sing y no en libertad bajo fianza. Les cogimos como aquel que dice con las manos en la masa. Presentamos la acusación con todas las pruebas de que disponíamos... y se ríen de nosotros. Creo que alguien va a solicitar la baja de la policía. ¡Dios! —estalló al fin—. ¡Cualquiera creería que todos estamos corrompidos!

Ninguno de sus dos oyentes replicó a esto. Ahora miraban a la gente, a los periodistas, a los abogados, y, en fin, a todos cuantos habían acudido a presenciar aquella vista que prometía ser sensacional.

Ensimismados en esto, ninguno de los tres advirtió la figura de un hombre que se había acercado a ellos, hasta que le oyeron hablar:

—Sé lo que estarán pensando de mí, señores —dijo.

Se volvieron a mirarle.

Parado frente a ellos, con su elegante indumentaria, su rostro juvenil, y su alborotado cabello rubio oscuro estaba Chick S. Davison, fiscal del distrito.

—¿Y bien? —preguntó viendo que ninguno de los tres había contestado, y, lo que era más, ni saludado siquiera.

Murphy fue el que se decidió primero, replicando a sus primeras palabras:

—No creo que le extrañe a usted lo que pensamos, ¿verdad? —preguntó secamente—. A estas horas, todo Nueva York se estará preguntando lo mismo. ¡Mire esta tarde las últimas ediciones de los periódicos! Me figuro ver sus titulares. DOS LADRONES Y POSIBLES ASESINOS, PUESTOS EN LIBERTAD POR UN JUEZ INCOMPETENTE. EL FISCAL CHICK S. DAVIDSON NO SE ATREVE A ACUSAR. Esto será una parte, luego vendrá la otra. Empezarán a hacerse preguntas. Dirán si usted está tan asustado como para temerle a un hombre que hasta ahora no sabe si es verdadero o solo un mito. Y yo no siento eso, Davison; sino que tan pronto como le suelten a usted empezarán con nosotros.



—¿Qué hace usted aquí?

El aspecto de Davison era sumamente frío cuando se enfrentó con los tres miembros del Departamento de Homicidios. La sonrisa que hasta entonces había tenido en la boca se desvaneció por completo.

—Tengo ahí mi automóvil —dijo—. Suban, iremos a Jefatura.

Murphy le miró con un nuevo interés en sus ojos inexpresivos de ordinario. Se volvió hacia el “Ford” ocho cilindros de seis asientos, perteneciente a la Sección de Homicidios, y dijo secamente:

—Si tiene algo que denunciar, Davison, puede venir en su coche detrás de nosotros, o subir al nuestro. Elija.

—Iré detrás, inspector.

Y sin añadir más se encaminó al “Opel Kapitán”, mientras Murphy, Jackson y Nolan lo hacían hacia el “Ford”.

Dun estaba al volante, con su rostro impasible fijo en el tráfico que no dejaba de pasar a uno y otro lado. Apenas subieron los tres dio el encendido y preguntó:

—¿A casa, inspector?

—Sí. Y lleva cuidado, Dun. Ahora no vamos persiguiendo a nadie. No has de sonar la sirena. No hace falta.

Media hora más tarde estaban al principio de la calle 20 en pleno Manhattan, y diez minutos después descendían frente a una casa de veinte pisos.

Murphy fue el primero en entrar. Segundos más tarde le siguió S. Davison, y después, Nolan y Jackson.

Los cuatro subieron al ascensor, y cinco minutos más tarde estaban sentados en el despacho del inspector Murphy.

Durante varios minutos más nadie habló. Al fin lo hizo Murphy, encarando a Davison.

—Y bien, Davison —preguntó—, ¿qué es lo que quería decirme?

El fiscal dio muestras de nerviosismo. Luego, viendo clavados en él las miradas de los tres hombres, metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó la cartera. La abrió, estuvo buscando un par de minutos en ella y al fin sacó un papel que entregó a Murphy.

Antes de lanzarle una ojeada, éste ya sabía de dónde procedía. Lo desdobló y empezó a leer en voz alta:

“Sr. Fiscal del distrito: Tengo a su hijo en mi poder. Le soltaremos inmediatamente después de celebrarse la vista contra Larry Tinker y Davis Feldon. Claro es, que sólo, lo haremos si se comporta bien. *Murdock*”.

Murphy acabó de leer y fijó sus ojos en el rostro del fiscal Davison.

—Entonces fue por esto, ¿no? ¿Por qué no dio parte a la policía?

Davison suspiró.

—No pude hacerlo, inspector. Verá. Esta mañana, cuando dejé mi casa, a Muriel, mi esposa, y al chico...

En fin, todo estaba en orden. ¿Sabe? Llegué aquí en mi automóvil particular. Al entrar en el edificio del Palacio de Justicia tuve forzosamente que mezclarme entre la gente. Por tanto, no sé cuándo ni cómo me lo pusieron en el bolsillo de la chaqueta. Me di cuenta de que lo tenía minutos antes de aparecer en la sala del tribunal. Recordará, inspector, que me retrasé un poco.

Lo hice porque fui a telefonar a Muriel. Efectivamente, el chico ya no estaba en el jardín. Me costó mucho que no diera parte. Ahora...

—¿Sabe si su hijo le ha sido devuelto, Davison?

—No... no lo sé.

Murphy le señaló con un dedo el teléfono que había a su lado. Dando las gracias Davison lo tomó con nerviosa mano y marcó el número de su casa.

Murphy prestó suma atención a los monosílabos que surgieron de la boca del fiscal, hasta que este terminó de hablar. Cuando le encaró, el inspector vio que estaba radiante.

—Murdock ha cumplido su palabra, inspector —declaró con énfasis—. Mi hijo está en casa.

—Me alegro —replicó secamente Murphy—. Ahora, dígame. ¿Ha sido por esto por lo que no ha querido seguir la acusación, al menos en la forma que tenía prevista?

Davison dudó solo unos segundos en dar la respuesta.

—Sí, inspector. Se trataba de mí hijo.

Murphy se puso en pie y fue a la ventana. Nerviosamente, Jackson y Nolan le siguieron con la mirada. Habló sin volverse, sin cambiar de posición, dando la espalda, rígido e inmóvil como una roca:

—Antes que votaran su cargo, usted prometió muchas cosas, Davison —dijo—. Después juró defender el orden y la Ley aún a costa de su propia vida —se volvió, mirándole a los ojos—. ¡Eso que ha hecho es una cobardía, Davison! Una de las más grandes que un hombre puede cometer.

El rostro del fiscal se puso rojo como un tomate.

—¡Usted no tiene hijos! —barbotó—. Por eso habla de esa forma.

La risa desagradable de Murphy le interrumpió.

—¿Quién le ha dicho a usted semejante tontería? ¿Murdock? —y luego, sin transición alguna, añadió—: Hombres como usted solo pueden hacer una cosa, Davison: ¡Presentar su dimisión! No sirven para desempeñar cargos como éste. Espero que lo hará rápidamente.

El silencio se hizo sumamente espeso. Repentinamente, Davison lo rompió:

—Sé que no me creerá, inspector, ya que usted mira lo ocurrido desde un punto bien diferente. Desde luego, presentaré mi dimisión. Pero no

antes de poder acusar públicamente a ese infierno de Murdock o como quiera que se llame. ¡Deténgale, deme pruebas de sus crímenes, y deje el resto por mi cuenta! Ahora voy a pedir protección al gobernador, para mí y para mi familia. Por tanto, dese prisa, Murphy.

Salió dando un portazo. En la puerta de la calle se cruzó con el abogado Frack Nolan. La nota que éste enseñó a Murphy era más conspicua que la de S. Davison, pero también tanto o más amenazadora.

Simplemente decía:

“Sr. Nolan: No deje hablar al fiscal. Compóngaselas como pueda si no quiere perder la vida. Murdock”.

CAPITULO V

Dickson alcanzó la estrecha calleja cuando la Venus morena llegaba a la primera travesía. No la vio bien, pero aquel trozo de piernas que se veían por entre los pantalones —de algunos hombres, de los que caminaban por la acera, tenían que ser de ella. Otra cosa era completamente imposible.

Dickson apretó el paso no sin antes cerciorarse con disimulo de que la “Parabellum” salía con suavidad de su funda sobaquera.

Llegó a la esquina justamente cuando ella subía a un taxi.

Lanzó una maldición con voz sorda, pero se calmó al instante cuando vio a otro acercarse con la banderita de “libre” levantada.

Le hizo una señal, subió y después señaló al taxi que se perdía a lo lejos.

—Habrá una buena propina si no pierde de vista aquel taxi, amigo.

El hombre arrancó.

—¿Es de la policía?

Dickson rió por lo bajo pensando en las ideas tan raras que solían tener algunas personas.

—Nada de eso —replicó—. Se trata de una chica, ¿sabe? Quiero enterarme a dónde va... La estoy siguiendo desde hace días. Estoy enamorado de ella, y quiero saber si es digna de que yo la entregue mi corazoncito. ¿Comprende?

Ante su estupor, el taxista rio.

—De acuerdo, amigo —dijo—. Vaya preparando la propina.

El taxi que llevaba a la Venus morena se detuvo en Columbus Circle. Dickson la pasó, volviendo el rostro hacia otro lado para que ella no le conociera, caso de que mirara hacia allí, pagó la cuenta y descendió del taxi.

Miró en torno. Las hermosas piernas de ella se movían hacia una casa de imponente aspecto. Dickson la vio penetrar en ella y la siguió, sin saber por qué.

Aunque bien pudiera ser que en sus oídos continuaran resonando las palabras, de “Mammie”: “Ella no es de nuestra clase...”

Penetró en el portal. La morena de andares cadenciosos y exóticos penetraba en uno de los ascensores. Dickson lo hizo rápidamente en el otro

y pulsó el botón del último piso. “,

Pasaba por el sexto cuando advirtió que el que llevaba a la morena se había detenido. Esperó y al llegar al séptimo abrió la puerta. El ascensor se detuvo. Dickson salió fuera y empezó a bajar la escalera.

Entonces la vio. Ella estaba parada en el centro del rellano de más abajo, mirando indecisa las cuatro puertas que había. Súbitamente se acercó a una de ellas.

Dickson vio cómo abría el bolso para sacar de él un manojo de llaves... Introdujo una en la cerradura y abrió la puerta. Descendió, acercándose a esta.

Contuvo la respiración cuando pegó el oído a la madera. Le pareció distinguir el sonido de su airoso taconeo al alejarse de la puerta. Aparte de esto, no pudo oír nada más.

Durante un par de minutos, o tal vez más, Dickson se mantuvo indeciso, preguntándose si debía entrar o no. Pero la curiosidad que sentía por aquella muchacha pudo más que toda prudencia.

Al empujar la puerta, Dickson recordó de nuevo las palabras que había dicho “Mammie” al referirse a ella. Y esto obró en él como acicate.

Dio un paso al frente y atravesó el umbral. En el mismo instante el techo del apartamento pareció precipitarse sobre su cabeza. Y entre una nube de estrellitas de todas las constelaciones, Dickson perdió el conocimiento.

A su lado se oyó una respiración fatigosa, luego un suspiro, y después una negra silueta se inclinó sobre él en la más completa oscuridad. Una mano fina, enguantada de negro, le tomó el pulso. Luego le palpó la funda de la axila.

Después aquella mano desapareció para reaparecer casi en el acto empuñando una “Maxim” del seis treinta y cinco. Durante un corto espacio de tiempo, el negro ojo de la automática se fijó en la frente de Dickson. Luego dejó de apuntarle.

Y es que la figura que le había golpeado estaba pensando en si meterle un balazo en la frente o avisar a la policía. Pero no hizo ni lo uno ni lo otro, ya que justo en el momento en que la amenaza cesó, atravesó la puerta y bajó aprisa la escalera.

Un rato después se la tragaba el intenso tráfico de Columbus Circle.

Dickson despertó dos horas más tarde con un intenso dolor de cabeza. Lo primero que hizo fue llevarse la mano a la axila, y lo segundo maldecir a aquella mujer que había jugado con él lo mismo que si se tratara de un niño.

Se puso en pie en medio de las tinieblas y tanteó las paredes, hasta que encontró el interruptor de la luz.

Durante unos minutos parpadeó completamente deslumbrado, y luego miró en torno. El apartamento estaba amueblado con gusto exquisito, y no

había nadie en él.

Dickson se movió, yendo hacia el *living*. Una vez en este buscó en el mueble-bar y se sirvió un buen trago de *whisky* escocés. Después entró en el cuarto de baño y se refrescó la calenturienta cabeza.

Lanzó un suspiro de alivio cuando lo hizo, y luego, más sereno ya, empezó a registrar el apartamento, desplegando en ello una extraña y febril actividad.

Cuando Dickson volvió a la calle, eran las nueve de la noche. Ensimismado miró los tubos de neón, los anuncios luminosos de Columbus Circle.

Al parecer, esto le cansó en contados minutos, ya que tomó un taxi y se hizo conducir a pleno corazón de Broadway. En uno de sus lujosos cabarets, se dejó arrullar por una fantástica pelirroja con la que estuvo bailando y bebiendo hasta las diez de la noche.

A aquella hora, Dickson se despidió de ella, tomó un taxi y dio la dirección:

—Al número 2.008 de la calle 49, amigo —dijo.

Pagó la carrera y se quedó mirando, ya en la acera, el juego de luces que formaban las bombillas del letrero del cabaret.

Dickson se ladeó el sombrero, atravesó la puerta y entró. Una pelirroja, muy ligera de ropa y con más curvas que todas las carreteras de Europa juntas, le salió al paso pidiéndole la ropa. Pero se refería al sombrero y la trinchera, claro.

El local estaba abarrotado. Había infinidad de parejas bailando al compás de la música que un conjunto negro estaba interpretando. Dickson miró en torno, tratando de descubrir a Madison.

No tardó en hacerlo. El “gangster” estaba bailando con una hermosa mujer de cabellos color cobre y figura esplendorosa. Dickson fue entonces a la barra y pidió un *whisky*. Por el espejo siguió contemplando a los bailarines hasta que la música terminó.

Siguió bebiendo lentamente, con los ojos fijos en Madison, que llevando del brazo a la mujer se acercaba a una de las mesas. Al verla desocupada, Dickson pensó acertadamente que el “gangster”, la había hecho reservar para aquella noche.

Antes de llegar a ella, Madison le descubrió. Llevó a la mujer a la mesa, la hizo sentar, y luego se encaminó hacia la barra. Se acodó a ella en el más completo silencio.

Y dejó pasar unos cuantos minutos antes de decir:

—Sabía que vendría, Dickson.

—Yo no afirmaré eso, Madison. Y me refiero a su seguridad de que yo sea ese Peter Dickson.

El “gangster” sonrió alegremente.

—Le vi en la vista cuando se apoderó de aquel “Alfa”, Dickson —

replicó—. Como ve no hay escapatoria. No niegue que es inútil.

Dickson respiró fuertemente.

—Está bien, Madison —admitió—. Yo soy Dickson. ¿Qué diablos quiere de mí?

—Ya nada. Pero hay alguien que se interesa por usted.

—¿Quién?

Madison le tomó de un brazo, separándole de la barra.

—Vamos a la mesa —replicó.

Dickson se dejó llevar. La hermosa mujer levantó los ojos para mirarle y Dickson se dio cuenta de que eran verdes y muy grandes. Miró sus rodillas y las encontró perfectas.

De su detenido examen le sacó la voz de Madison al dirigirse a la mujer:

—Ahueca el ala, preciosa.

—Pero.

—¡Lárgate, querida! Te veré luego.

Ella se puso en pie y dijo a Dickson:

—Me gustas, chico. Ven por aquí de vez en cuando. Quiero comprobar por mí misma si todos los hombres son tan groseros como Madison.

Este rio a grandes carcajadas y se sentó, mientras ella se alejaba moviendo las caderas.

Dickson hizo lo propio. Tomó la botella que había encima de la mesa y llenó hasta los bordes el vaso que había pertenecido a la mujer.

Miró a Madison, pero no dijo nada. Fue este quien rompió el silencio:

—¿No le gustaría saber quién tiene interés por usted, Dickson?

—Confieso que es algo que no me preocupa.

Madison soltó una risita de conejo y luego replicó:

—Murdock. Supongo que habrá oído hablar de él.

Dickson se encogió de hombros.

—La Prensa habla de vez en cuando de él. ¿Qué quiere de mí?

Madison quedó unos segundos en silencio y luego añadió con énfasis:

—Creo que está de suerte, Dickson —dijo—. Murdock desea que ingrese en su banda.

—¿Cómo lo sabe usted, Madison?

El “gangster” se permitió una sonrisa de suficiencia.

—Lo sé y basta. ¿Cuál es su respuesta, Dickson?

—Se la daré cuando me conteste a una pregunta, Madison. ¿Quién es Murdock?

Madison rio, ahora alegremente...

—Nadie lo sabe. El paga y nada más. Mejor que cualquier “boss” de los de ahora. Además, hay abogados, y mucha gente más que dependen de él. Con Murdock el riesgo para nosotros es relativo.

—¿Y no sabe quién es?

—No. Ni quiero saberlo. Y si admite un consejo, Dickson, tómelo. Nadie llega a vivir mucho cuando intenta hacer averiguaciones por su cuenta en este sentido. Murdock espera su respuesta esta noche. ¿Qué debo decirle?

—Dickson rio suavemente.

—Que no, Madison. No me gustan los fantasmas. Por otra parte, siempre trabajo solo.

—¿Como cuando el robo del “Alfa”, Dickson? Si mal no recuerdo, aquello acabó...

Rio Dickson secamente.

—Aquel no era el verdadero motivo, Madison. Necesitaba el “Alfa”, pero para quedarme con él. Iba... iba en busca de unos cuantos miles de dólares. Aquel fue un pequeño incidente que me obligó a retrasarme en el cobro. Ahora los tengo en mi poder.

—¿Quiere decir que usted hizo una faena completamente solo?

Dickson rio de nuevo.

—Claro. Ocho mil dólares, de los cuales no tengo que repartir ni un centavo. Díglele esto a Murdock de mi parte. Si le interesa, que se ponga en contacto conmigo, pero no por medio de un intermediario. ¿Cuánto paga por trabajo?

—Mil dólares y un tanto por ciento del producto.

Dickson frunció los labios en una mueca despectiva.

—Sigo pensando que prefiero ir solo.

Madison no replicó al pronto y luego lo soltó suavemente:

—Murdock no te dejará trabajar en Nueva York, Dickson —dijo—. Se ha interesado por ti y tendrás que estar con él, o contra él.

—¡Mándalo al diablo, o dile que dé la cara, Madison! Eso es todo. Si le intereso de veras, que haga su oferta.

Sin darse cuenta, ambos habían empezado a tutearse y del mismo modo Madison preguntó:

—¿Es tu última palabra?

Dickson miró al “gangster”.

—No lo sé aún, Madison. La última palabra la tiene Murdock. Dile lo que te dije, y adviértele también otra cosa: Que procure no buscarme las vueltas. ¿Comprendes? El en su terreno y yo en el mío. Si me deja en paz... yo no haré nada por descubrir quién es. En Nueva York hay sitio para dos tipos listos como nosotros —terminó en tono jactancioso que obligó a Madison a mirarle lleno de asombro, ya que no le cabía en la cabeza que hubiera un tipo capaz, entre la gente del hampa, de hablar de aquel modo de Murdock.

Abrió la boca para decir algo de lo que pensaba, pero Dickson le atajó con un gesto.

—Será mejor dejar las cosas así, Madison. Habla con Murdock, y ya me

contarás algo. Ahora tengo que irme.

Dickson no esperó la respuesta del “gangster” y tampoco se entretuvo en abonar lo consumido. Se fue rápidamente.

CAPÍTULO VI

Caminó por Broadway pensando en todo aquello, confundido con las miles de personas que circulaban de aquí para allá, al parecer sin orden ni concierto.

Siguió hasta la calle 49, y tomó un taxi frente al Madison Garden.

Dickson acababa de recordar a la Venus morena y el golpe que recibiera en la cabeza. Por tanto, dio la dirección de la casa de “Mammie”, se reclinó sobre el respaldo del asiento y se puso a pensar.

Media hora más tarde abandonó el taxi en la misma puerta. Encendió un cigarrillo, atravesó el umbral y se metió en el ascensor.

Pulsó el timbre. “Mammie” le abrió la puerta, cerró tras ella y le echó los brazos al cuello, ofreciéndole los labios.

Dickson se dejó llevar y la besó estrechándola contra sí. Luego la soltó suavemente.

Ella alentó recuperando aire y después susurró:

—No sé lo que voy a hacer sin ti cuando te vayas, Jim —dijo.

Dickson la miró de manera inquisitiva.

—¿Quién te ha dicho que me llamo así, ricura?

“Mammie” vaciló unos segundos y luego replicó:

—Fue Madison, querido. ¿Hay algo de malo en que te llame así?

—No. No es eso, “Mammie” —cambió de tema con alguna brusquedad—. ¿Tienes algo para cenar?

—¡Claro, tonto! ¿Has podido pensar que “Mammie” te dejara sin ella? Anda, ven a la cocina.

Dickson la siguió con el pensamiento puesto en la Venus morena.

Junto a la puerta de la cocina, “Mammie” se detuvo. Giró en redondo, con un revuelo de encajes y falda corta y le ofreció los labios.

—Bésame, Jim —pidió entornando los ojos.

Dickson pasó por su lado sin hacerlo, y ella frunció su precioso entrecejo.

Sirviéndole la cena, preguntó:

—¿Qué te pasa, Jim? ¿Estás enfadado conmigo? ¿Es por Madison? ¡No hagas caso, querido!

Dickson hizo un gesto ambiguo y replicó:

—No es eso, nena. Madison y toda su pandilla no me preocupan en absoluto. Es... que tengo hambre y estoy cansado.

“Mammie” tuvo la suficiente inteligencia de no molestarle mientras estuvo cenando. Con el cigarrillo colgando de un lado de la boca, Dickson se levantó y fue a la puerta.

—Voy a descansar, “Mammie” —dijo—. Procura que no me molesten.

La tomó por la barbilla y la besó en los rojos y jugosos labios, pensando que, después de todo, si lograba enamorar a “Mammie”, tendría un, tanto a su favor en aquel juego mortal en que se había empeñado, y donde todo estaba en contra suya.

Subió a su habitación, sin que “Mammie” le siguiera. Dickson sabía ya cuál era la que ocupaba la Venus morena. Miró hacia allí. Ninguna luz se filtraba por debajo de su puerta.

Dickson permaneció un momento indeciso, preguntándose si ya habría vuelto o si todavía estaría en la calle. Pensando en que tenía que ajustar una cuenta con ella, y que no quería aplazar en modo alguno para otro día. Estaba dispuesto a ajustarla aquella misma noche, si podía.

Penetró en su dormitorio y lo mismo que la vez primera se quitó los zapatos.

Pero ahora Dickson no salió enseguida. “Mammie” estaba abajo y podía verle. Aquello provocaría en ella un torrente de celos, tal vez fingidos, pero celos al fin. Y “Mammie” era peligrosa en todos sentidos.

Como mujer de explosiva belleza, y como amiga de “gangsters” más o menos encumbrados, por ejemplo, Madison. ¿Qué buscaba ella con él?

Dickson se formuló esta pregunta mientras se dejaba caer en la cama, donde encendió un cigarrillo, que tiró a medio consumir para en el acto encender otro, que consumió por completo.

Al terminarlo, consultó la esfera luminosa de su reloj de pulsera. Eran las once y treinta minutos de la noche. Dickson se puso en pie y se acercó a la puerta.

La abrió con sumo cuidado, mirando hacia abajo. El *living* estaba completamente a oscuras. “Mammie” debía estar ya en la cama.

Dickson se deslizó entonces por el pasillo y alcanzó la habitación donde dormía la morena de piernas sensacionales.

Frente a ella, sacó un manojo de ganzúas. Metió en la cerradura la que le pareció más conveniente, y segundos más tarde sintió cómo se corría el pestillo.

Atravesó el umbral de puntillas y cerró tras sí. Luego encendió una pequeña lámpara de bolsillo. Apenas un hilo de luz, pero suficiente para él.

Fue directamente al dormitorio, ya que en vez de una habitación, como pensó en un principio, la pieza se componía de dos. Frente a la puerta del dormitorio, Dickson vaciló unos segundos. Luego la empujó suavemente y entró, haciéndolo completamente a oscuras, pero sin soltar la lamparilla.

Escuchó un poco antes de decidirse a encenderla. Cuando lo hizo, ya sabía lo que iba a encontrar. Nada. Simplemente nada.

Y así era. La Venus morena aún no había regresado.

Dickson volvió a cerrar la puerta del dormitorio, buscó uno de los sillones y se sentó en él para esperar.

Esperó mucho tiempo. Tanto que más de una vez se preguntó si, después de golpearle, la morena no habría decidido marcharse con viento fresco.

Pero a las tres y media de la madrugada llegó. Oyó nítidamente cómo se descorría el pestillo de la puerta de la calle, y por unos segundos pensó que podía ser Madison o alguno de los “gangsters” que había alojados allí.

Hasta que oyó aquel vivo taconeo:

Dickson se retrepó entonces contra el respaldo del sillón y contuvo la respiración. Tres minutos más tarde ella metió la llave en la cerradura, la hizo girar y entró.

Dickson adivinó más que vio su fugaz y felina silueta en la oscuridad de aquella habitación. Luego ésta se inundó de luz.

Parpadeó unos, segundos y la miró. Ella estaba vuelta de espaldas y aún no se había dado cuenta de su presencia. Y una vez más, Dickson admiró sus caderas y las diabólicas curvas de su cuerpo de diosa.

Suspiró. Fue algo que no pudo evitar. Ella se volvió en redondo, mientras la ancha falda trazaba una perfecta circunferencia.

Dickson la miró a la cara... ¡y entonces se asombró! al verla tan cerca. Y tenía razón para hacerlo, ya que aquella mañana apenas si tuvo tiempo de lanzarle una rápida ojeada cuando estaban comiendo, ya que “Mammie” no le dejó tiempo para nada más.

—¡Oh!

Esto lo dijo ella llevándose la mano a los opulentos y firmes senos. Pero Dickson no se dio cuenta de ello. Seguía contemplándola completamente absorto.

Era alta, y poseía un rostro verdaderamente exótico. El pelo negro como la endrina, y con tonalidades azules. Ancha la frente. Las cejas finas y sumamente arqueadas. Los ojos negros, brillantes y llenos de misterio. Rasgados, casi oblicuos. Las pestañas inverosímilmente largas, los pómulos graciosamente salientes, la nariz recta y de aletas palpitantes, signo de sensualidad, según pensó Dickson mientras la observaba.

Sus labios eran rojos, lo mismo que una cereza, y sin ayuda del lápiz labial... El mentón, redondo y voluntarioso.

En cuanto al resto del cuerpo, Dickson estuvo a punto de sufrir un síncope. Con esto ya está dicho todo.

Como si sus labios tuvieran un imán, Dickson clavó en ellos los ojos. Ella respiró profundamente tomando aire, el que había expulsado cuando vio aquella intempestiva visita.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó secamente, con lo que Dickson pensó que se había rehecho rápidamente—. ¡Lárguese! ¡Márchese de aquí, rufián! ¡Márchese o grito!

Dickson se levantó lentamente y fue hasta ella. Vio cómo sus ojos relucían como carbones encendidos.

—¡Váyase!

Y dio media vuelta hacia la puerta. Pero no la alcanzó. Dickson llegó antes. Pasó por su lado y la enfrentó, tomándola rápidamente por las muñecas. Y apretó con ganas.

—Vamos, muñeca —dijo fríamente—. Estarás mejor en uno de los sillones. Quiero poner en claro una cosa contigo, dulzura.

Y la empujó hacia atrás. Ella ofreció una resistencia inusitada, pero iba cediendo terreno. Cuando se dio cuenta de ello abrió la roja boca y Dickson supo que iba a gritar. No la dejó. Puso sus labios sobre los de ella y la besó fuertemente, sin dejar de empujarla hacia atrás.

La sorpresa impidió reaccionar a la bella y exótica morena. Por tanto, Dickson, comprendiéndolo, no dejó de besarla hasta que llegó al sillón. Entonces la soltó, impulsándola violentamente sobre él.

La muchacha jadeaba por el esfuerzo realizado.

Pero se tensó cuando dio un paso hacia ella y se inclinó alargando los brazos en movimiento instintivo de defensa.

Dickson la tomó de nuevo por las muñecas y barbotó:

—Pórtate bien, querida... y será mejor para los dos.

Pero no la soltó, aunque ella se estuvo quieta.

—¿Cómo te llamas? —preguntó después.

Ella dejó de alentar segundos más tarde, mientras Dickson, comprendiendo de nuevo, permaneció silencioso, dándole tiempo para ello.

—¿Y a usted qué diablos le importa? ¡Salga de mí habitación!

E hizo ademán de ponerse en pie. Dickson estaba furioso. Todavía le dolía la cabeza. Tal vez esto influyera en lo que hizo a continuación.

La golpeó en la cara, tirándola contra el respaldo del sillón.

—Dije que te portaras bien, gatita —adujo inclinándose sobre ella—, y te he hecho una pregunta. ¿Respondes?

Por primera vez en mucho tiempo, la mujer tuvo miedo, hizo un ovillo en el sillón y clavó los ojos en los de Dickson. Pero los apartó al instante cuando vio el fuego que había en los de este.

—Me llamo Yalú —dijo.

Dickson soltó una risotada por un lado de la boca.

—Habla en cristiano, ricura; o de lo contrario te voy a poner la cara que no te conocerá después ni tu propia madre.

—Es verdad —dijo ella con un hilo de voz—. Me llamo Yalú Uji.

—¡Que el diablo te lleve! Tú eres tan japonesa como yo mahometano.

Y Dickson se acercó aún más. En sus ojos brillaba el peligro y ella lo vio.

—Es verdad —dijo, siempre en un susurro—. No... no soy japonesa, pero ese es mi nombre y también lo es mi apellido. Nací aquí, en Nueva York, pero tengo que llevar el apellido de mi madre. Fue... en la Legación Americana del Japón. Estoy... ¡Estoy diciendo la verdad!

Aquello podía ser una mentira tan grande como una catedral, pero también podía ser verdad. Dickson pensó dejarlo correr, aunque solo fuera por el momento, ya que mirándola de cerca se daba cuenta del color extraño de su piel, que en vez de afearla la hermoseaba aún más.

Y no se la imaginaba allí, en aquella casa, ni con aquella sencilla blusa y su no menos sencilla, ancha y corta falda.

Yalú, según él, y si era así como se llamaba; cuadraría en una casa de alta costura, como modelo, claro, o también llevando un lujoso vestido de noche y pieles. Sobre todo pieles y en cualquier rica mansión, en una de sus caras veladas. En una fiesta mundana del gran mundo. Aquel marco sí le sentaría bien.

Siguió mirándola a los ojos. Estaba temblando. Dickson lo advirtió en el acto, así como vio que sus ojos se le mostraban esquivos.

—¿Por qué me golpeaste en aquella casa?

Yalú abrió mucho los ojos.

Dickson pensó que era una buena actriz, y que Broadway posiblemente se había perdido un bello talento.

CAPÍTULO VII

—No sé de qué me está hablando, míster Porter.

Dickson pensó en un segundo, que era mejor no, sacarla de su error en cuanto a su nombre y apellidos se refería. La dejó, pues, en la ignorancia y prosiguió:

—Escucha, ricura. Quiero que me lo cuentes todo, ¿sabes? Te seguí hasta aquella casa. Por otra parte, se ve a la legua que este no es tu sitio, hermana. ¿Qué buscas en esta casa? ¿Un balazo en medio de los ojos?

Yalú permaneció pensativa. Pero no pensando en lo que Dickson creía, sino en la automática que llevaba escondida en los senos. Calculaba las posibilidades que tenía de poderla usar antes de que él se diera cuenta.

Se contestó que ninguna. Aquel hombre no apartaba sus ojos de ella.

—No sé de qué me está hablando —repitió—. No sé a qué casa se refiere.

Dickson se dio cuenta de que por aquel camino no iría muy lejos. Por otra parte, tampoco podía pasar toda la noche allí, al lado de ella. Miró el reloj. Las saetas marcaban las cuatro y quince minutos de la madrugada.

—Voy a refrescarte la memoria —dijo en tono frío— Fui detrás de ti, desde que, saliste esta mañana de esta casa —y dio el número y el piso del apartamento donde ella había estado—. Entré allí y alguien me golpeó al franquear la puerta.

Ahora, y por primera vez, Yalú le miró a los ojos y sostuvo su mirada.

—Usted se confundió, Porter. No era yo. No sé de qué me está hablando.

Era valiente la muchacha. Esto lo pensó Dickson acercándose más a ella. Con su boca pegada a su mejilla habló:

—Está bien, ricura. Pero lo mejor que puedes hacer es largarte de aquí. Piensa que ese Madison no soy yo. Puede que no le gusten tus paseos, ni tus negativas. Él te haría cantar, pimpollo... Y yo también, pero es tarde para armar un escándalo. Es tarde también para estar aquí. Podría peligrar tu reputación, nenita —terminó con cinismo.

Dickson la vio enrojecer e hizo esfuerzos para no sonreír.

—No pienso hacerle caso, Porter. El hecho de que usted sea un “gangster” no le da derechos sobre mí. Pagué mi pensión a “Mammie”. Por tanto, estoy en mi casa.

Dickson dio otro paso al frente y las rodillas de ella rozaron sus piernas.

—Será conveniente que lo hagas, muchacha, y menos peligroso para ti. No me gusta que me golpeen y menos por la espalda. Podía cobrarme la deuda del modo que mejor me viniera en gana, y tú eres una mujer muy hermosa, Yalú. ¡Piénsalo, ricura! —Dickson se inclinó sobre ella y añadió con la voz ligeramente ronca—: Ahora pórtate bien, querida, y no chilles.

La sujetó por el pelo obligándola a levantar la cabeza, mientras con el brazo izquierdo la inmovilizaba en el sillón. Luego la besó largamente. Yalú intentó zafarse desesperadamente, pero luego se quedó quieta entre sus brazos.

Un par de minutos más tarde, Dickson la apartó suavemente. Yalú se puso en pie. El fuerte impacto de la respiración, al entrar violentamente en sus pulmones, agitaba su hermoso busto de forma descompasada.

—Cerdo —dijo suavemente—. Es..., es usted un rufián, Porter.

—Estoy empezando a cobrarme el golpe, gatita —replicó él—. Y no sientas esto, sino lo que vendrá después.

Sin añadir más salió, cerrando la puerta a su espalda. Detrás de esta, y después de haber pasado el cerrojo interior, quedó Yalú jadeando.

Después, con un ademán de derrota, se dejó caer en la cama. Fumó de manera incansable hasta que las primeras luces del nuevo día penetraron por la ventana. Entonces se puso en pie y aplastó el cigarrillo contra el

cenicero; cigarrillo que, como los otros, había sido desechado apenas empezado.

* * *

Dickson se levantó a eso de las diez de la mañana. Pero cuando bajó al *living* pudo darse cuenta de que todos los demás se habían marchado.

Todos, excepto “Mammie”, que al parecer se había arreglado de manera inusitada, tal vez para él. Le estaba esperando, sentada desenfadadamente encima del sofá.

No se levantó al verle. Pero se despezó largamente abombando el pecho y después le tendió los brazos. Dickson la miró desde la puerta con crítica expresión y luego se dijo que aquella otra mujer, Yalú, según ella misma, era mucho más hermosa.

No obstante, tenía que hacerlo. Era otra de las cosas que se había propuesto desde hacía unas horas. Saber cuál era el juego de “Mammie”. Por tanto, fue hasta ella y dejó que le enroscara el cuello con sus morenos y bien torneados brazos.

Después del beso, Dickson pidió el desayuno.

“Mammie” estaba haciendo las cosas demasiado bien. Ella tampoco había desayunado. Por tanto, le acompañó, con sus besos y caricias, y en el comer también. ¿Cómo no?

Al acabar, Dickson se puso en pie. Le hizo un burlón gesto de despedida y fue a la puerta. “Mammie” le detuvo por un brazo.

Dickson volvióse a mirarla, escudriñándola con sus agudos ojos de halcón.

—¿Qué quieres ahora, ricura?

Vio como vacilaba y se impacientó.

—Vamos, “Mammie” —dijo—. ¿Qué es lo que te pasa? ¿Has tenido malos sueños esta noche?

—¡Y un cuerno, Peter! —estalló ella armándose de valor—. Se trata de Madison. Ha dicho que va a hablar con el jefe. Dice... dice que no salgas de aquí hasta que él vuelva.

Dickson se quedó pensativo unos segundos, tal vez unos minutos, aunque él no se dio cuenta del tiempo. Repentinamente, y cuando ella creía haber ganado la partida, replicó:

—Madison siempre hace sus cuentas sin contar con los demás, “Mammie”. Puedes mandarle al cuerno de mi parte, tan pronto como venga. No soy de la banda, ni creo que llegue a pertenecer nunca. No me gustan los hombres como Murdock. ¿Está claro? No me gustan los que esconden la cara, cielo. Díselo de mi parte. Dile que de aquí, y de todos los sitios, saldré cuando me venga en gana. Dile... que no me gustaría que

nadie se metiera de por medio —y Dickson se palpó ostensiblemente el lugar donde llevaba la “Parabellum”—. Anda, ricura, sé buena y déjame salir. Hablaré con Madison cuando regrese.

Se inclinó sobre ella, la besó fugazmente en los labios, y retrocedió aprisa, sin dar lugar a que “Mammie” le detuviera. Por tanto, la mujer se quedó con los brazos levantados, brazos que iban a ir al cuello de él, y que dejó caer con desaliento cuando la puerta se cerró a su espalda.

Pero “Mammie” tenía un extraño brillo en sus ojos cuando se volvió hacia la mesa para retirar los restos del desayuno.

Terminaba, cuando Yalú la interrumpió.

—Deseo hablar con usted, “Mammie” —dijo mientras Dickson alcanzaba la acera.

Una vez en esta, miró a ambos lados. Nadie había allí que pudiera seguirle. Nadie al menos que él reconociera. Aún así, Dickson detuvo un taxi y habló con el conductor:

—Habrà una buena propina si marcha de aquí pitando, hacia la Quinta Avenida. Doble por todas las calles que encuentre. Me interesa hacer perder una posible pista a cualquier seguidor. Ya le diré dónde debe pararse.

El taxista asintió con un gruñido y el taxi arrancó bruscamente. Dickson se retrepó en el asiento. Ya en la Quinta Avenida, se apeó, respirando satisfecho al, darse cuenta de que nadie le había seguido hasta allí.

Pagó la carrera y añadió una buena propina, que hizo parpadear al taxista, esperó a que el coche arrancara, y luego se metió por la primera boca de” metro” que encontró.

Deambuló por debajo de tierra durante más de media hora, y después salió de nuevo a la superficie. En una de las cabinas telefónicas de Broadway sostuvo una larga conferencia.

Después tomó en un bar un par de whiskies; en otro, y con una detonante rubia que se dejó besar sin un solo rubor, un par de “Manhattans”. Hecho esto acompañó a la rubia a su apartamento. Allí bailó con ella al compás de la estridente música de un tocadiscos, bebió otro poco más, y eran más de las dos de la tarde cuando salió de allí, dejándola en el convencimiento de que volvería a otra hora, y otro día cualquiera.

Eran las tres de la tarde cuando subía en el ascensor hacia el apartamento que “Mammie” hacía servir de casa de huéspedes.

Habían comido ya, aunque la mesa estaba puesta. Madison estaba allí, junto a la sin par y curvilínea “Mammie”, que al verle entrar se apartó de él de manera instintiva.

Dickson no hizo caso de esto. Escudriñaba el semblante duro de Madison y el de los dos “gangsters” que estaban con él, y cuyo nombre

desconocía aún.

Todas las miradas estaban clavadas en él. Dickson saludó con una sonrisa que no fue correspondida por nadie, como no fuera por “Mammie”, que se acercó felinamente a él.

Dickson la apartó de sí suavemente y alargó el paso, yendo a la escalera. La voz de Madison le detuvo en seco. Y al volverse para mirarle, fue cuando se dio verdaderamente cuenta del ambiente de tensión que se respiraba en el interior del comedor.

—Espera un poco, Dickson.

Quedáronse mirando a los ojos, y al cabo de un largo minuto, Madison recibió la respuesta:

—¿Qué diablos se te ha roto, Madison?

El “gangster” sonrió fríamente.

—A mí nada, Dickson. Pero a ti puede que sí. Te ordené que no salieras de aquí. “Mammie” me ha contado cual ha sido tu respuesta... que por el momento, durante unos cuantos minutos, voy a pasar por alto. He hablado con el jefe... ¡No te importa tampoco cómo lo he conseguido! Le transmití tu recado, y él fue el que ordenó que no salieras. Ha intentado hablar contigo un par de veces, y no está muy alegre que digamos, Dickson. Ahora te diré que si no estás con nosotros, estás en contra. Comprende que sería tonto dejarte ir conociéndome, y conociendo a Chett Falcon y a Nick Deville. —siguió señalando a los Otros dos “gangsters”—Tú tienes la última palabra, que no me has de decir a mí, sino a Murdock, que volverá a llamar dentro de un rato. ¿Dónde has estado hasta ahora?

Dickson se estaba rascando la nuca de manera pensativa, con el sombrero completamente echado hacia la cara, con lo que la expresión de su rostro no se veía.

Cuál era su estado de ánimo lo supieron todos apenas le oyeron hablar.

—¡Puedes irte al diablo tú y tu Murdock, Madison! Me importa un pito sea quien sea. Si tú le tienes miedo, yo no. Puedes mandarle al cuerno de mi parte también. No trabajaré con él, y mucho menos a las órdenes de nadie. Trabajo siempre solo. ¿Comprendes?

Reinó un espeso silencio, que se fue espesando aún más a medida que transcurría. Deville fue el primero que habló:

—¡Maldito soplón!

Y también fue el primero que se movió llevándose la mano a la axila, sin soltar el vaso de *whisky* que tenía en la izquierda.

Y Madison abrió mucho los ojos cuando Dickson, sin decir una sola palabra ni hacer un solo gesto, sacó de manera endiablada y disparó. En la estancia simplemente se oyó algo así como el taponazo ahogado de una botella de champaña.

Casi en el acto el vaso que sostenía Deville se deshizo entre sus dedos.

—La próxima vez te abriré un boquete en los ojos, Deville —dijo

Dickson—Ahora, si hay alguno que quiera algo más que lo diga. No admito órdenes de nadie. —Jugueteó con la automática y pidió, encarando a “Mammie”—Tú, dulzura, dame un trago. Pero acércate por mi izquierda, y con cuidado. Sentiría tener que estropear tu linda boca de un balazo, querida.

Ella se acercó pausadamente por el sitio que él le indicó. Dickson bebió un poco y luego le devolvió el vaso. “Mammie” se lo llevó a los labios y bebió también. Sentía admiración por los hombres fuertes.

Al ir a soltarlo, estuvo a punto de dejarlo caer al suelo, sobresaltada por el intempestivo repiqueteo del timbre del teléfono. Con el chato cañón de la “Parabellum”, Dickson hizo una seña a Madison, que se apresuró a descolgarlo de su soporte.

Empezó a hablar rápidamente, y luego se calló, quedando a la escucha. A partir de entonces solo contestó con algún que otro monosílabo. Después alargó el auricular a Dickson.

Este dio un rodeo, y lo tomó sin abandonar la automática, mientras Madison se sentaba rígidamente en una de las sillas, los otros se tensaban, y “Mammie” palidecía.

—Sí... Peter Dickson al habla...

Una voz bronca, de inconfundible acento extranjero, le cortó la palabra.

—Escuche y no me interrumpa, Dickson. Le necesito a usted. Supongo que ya sabrá quién soy, ¿no? Pues como le decía, le necesito a usted. Se trata de algo serio y deseo cerebros y no músculos. Tendrá que obedecerme o se pasará unos cuantos años a la sombra, si antes no recibe algo peor.

“Pero, en fin, dejemos esto aparte por lo desagradable. Madison me ha hablado de usted. Ahora bien, Dickson. Veremos a ver si toda esa labia no es más que fanfarronería. Esto lo dirá la ocasión. Póngase de acuerdo con Madison, que él ya tiene instrucciones.

El precio de su trabajo, y la prima por enrolarse conmigo la recibirá en billetes pequeños, e inmediatamente después de efectuado el primero... ¿Algo que oponer?

—Sí. No me gusta trabajar para nadie. Hasta ahora lo hice siempre solo y no me iba del todo mal. No me gusta correr riesgos con gentes que no conozco. Puede haber un soplón y... ¡Infiernos, no me gustaría acabar en la cárcel!

—No hay soplones conmigo, Dickson. Puede estar seguro de ello. ¿Algo más...?

Dickson fingió que vacilaba.

—Nada más... por ahora —dijo—. Siendo así...

—Bien. Hable con Madison. Si necesita algunos dólares pídaselos en confianza, Dickson.

Antes de que hubiera logrado decir algo más, Murdock colgó. Dickson permaneció unos cuantos segundos con el auricular pegado al oído, fingiendo que todavía estaba escuchando a Murdock. Luego habló secamente:

—¡Al diablo con todo eso, Murdock! No aceptaré órdenes de nadie como no sea de usted. De nadie, a no ser que demuestre primero que es mejor que yo. ¿Entendidos?

Fingió escuchar unos cuantos minutos más y siguió hablando:

—¡No me importa eso, Murdock! ¡Tampoco le tengo miedo ni a usted ni a nadie! Será así, o no tendrá más remedio que buscarse a otro. ¡Ah, Murdock! ¡Dígale a Madison, cuando pueda, que procure que los muchachos no se metan conmigo! Tengo mal genio y pongo pronto el dedo sobre el gatillo. Esas son mis condiciones. ¿Algo que añadir a ellas, Murdock?

Siguió un rato como si escuchara y finalizó con una sola palabra:

—¡Bien!

Colgó mirándoles. Estaban pálidos, preguntándose cómo había tenido agallas para hablarle a Murdock en aquel tono, aunque fuera por teléfono.

Con una mueca despectiva en su boca, Dickson volvió la “Parabellum” a la funda y se acercó a “Mammie” que, pálida y con los ojos agrandados por el estupor, le veía venir como si fuera un fantasma.

—Dame ese vaso, ricura —dijo—. Necesito un trago... a la salud de Murdock.

Con mano que temblaba un poco, ella se lo alargó y Dickson lo apuró de un trago.

—Llévalo otra vez, querida.

Y se volvió encarando a Deville.

CAPÍTULO VIII

Pausadamente, Dickson se acercó a él y le tendió la mano.

—No me guardes rencor, Deville —dijo—. Vamos a trabajar juntos, según he podido colegir por algunas palabras del jefe y, por tanto, es mejor que nos llevemos bien.

Deville no replicó, pero le tendió la suya también. Al estrechársela, Dickson tuvo la intuición de que no debía fiarse de él, ni poco ni mucho.

Lo tendría en cuenta.

Abandonó este pensamiento para encarar a Madison, cuya cara aún no se había recobrado del todo desde su conversación con Murdock.

—¿Cuáles son las órdenes de Murdock? —preguntó.

Madison vaciló unos instantes y luego pareció salir repentinamente de un sueño.

—Sólo una, Dickson. Nos largamos de aquí.

—¿A dónde?

—Eso lo sabrás cuando lleguemos.

—Por lo menos, me dirás cuándo nos vamos, ¿no, Madison?

—Esta noche...

—De acuerdo. ¿Y “Mammie”?

—Viene con nosotros. La necesitamos, Dickson.

Este tardó en replicar el tiempo que empleó en tomar a la mujer por la cintura. Después volvió el rostro hacia Madison, mientras la empujaba hacia la cocina.

—Me alegro, Madison. Si no fuera así, la echaría de menos —ella le obsequió con una sonrisa, y Dickson agregó—: “Mammie” es estupenda. ¿Lo comprendes, Madison?

—Suéltala, Dickson. Aún no hemos terminado de hablar.

—¿No...? Bien. Ya lo discutiré con ella. Es mejor compañera que vosotros, y mucho más hermosa, claro.

Sin querer parar mientes en la mirada de Madison y los otros dos, siempre llevándola abarcada, por la cintura, la sacó de allí.

—Eres un loco, Peter. ¿Por qué le hablaste de aquel modo a Murdock? Si sigues así, no vivirás mucho tiempo. Tengo mie...

Dickson la besó en los labios interrumpiendo sus palabras y ella se apretó contra él besándole a su vez. Luego la obligó a sentarse en una silla.

—¿Cierras el apartamento, “Mammie”? —preguntó como el que no quiere la cosa.

—Sí —respondió ella—. Pero por poco tiempo. Sólo hasta que los muchachos y tú terminéis este nuevo trabajo. Luego volveré aquí... y tú conmigo. Ya sabes, Peter, mi negocio...

—¿Tu negocio o tú, dulzura?

Ella rio ofreciéndole los labios.

—Los dos, querido.

Hubo un silencio que duró cerca de un cuarto de hora, y después Dickson preguntó:

—¿No había una muchacha? ¿Piensas echarla a la calle?

—Lo hubiera hecho, pero ella me ahorró el trabajo. Se fue esta mañana. Dijo que había recibido, en el lugar donde trabaja, un telegrama de su madre, diciéndole que su hermano está muy enfermo. A estas horas esa Yalú estará volando hacia Chicago.

Dickson no replicó. La besó en una mejilla y fue hacia donde el trío continuaba bebiendo *whisky*. Pero no se quedó con ellos. Fue a la puerta de la calle y la abrió. Madison se puso en pie de un salto.

—¿Vas a salir de nuevo? —preguntó.

—Necesito cigarrillos. Pero volveré antes de que os marchéis, si me quieres decir a qué hora nos iremos.

—Tú no saldrás de aquí, Dickson. No saldrás, al menos hasta que hayas hecho tu primer trabajo.

Dickson le miró por encima de su hombro y luego escupió al suelo despreciativamente.

—¿Piensas impedírmelo tú, Madison? Si es así, lleva cuidado, amigo. Voy a salir; si no te gusta, aguántate. Si no te quieres aguantar, toma el teléfono, y si sabes cómo hablar con Murdock, ponte en comunicación con él y díselo. Después que lo hayas hecho, alguien te va a pedir cuentas por soplón.

—Por lo visto, a ti solo se te puede hablar de una forma, Dickson. Con la automática en la mano; ¿no?

—Tal vez. Pero yo de ti no lo haría... ¿Por qué nos peleamos, Madison? Vamos a trabajar juntos, por lo menos en un par de golpes. Golpes que nos proporcionarán varios miles de dólares. Los suficientes para que nos retiremos del “negocio”. Como comprenderás, después de lo que hablé con Murdock, tanto interés tengo en ello como tú mismo. ¿A qué viene esa desconfianza? Si tienes algo contra mí, dilo de una vez, Madison, y no le des largas al asunto. Estoy esperando.

Se miraron los dos. Dickson había puesto el dedo en la llaga, pero Madison no recogió el guante.

—Está bien —replicó—. Sal si quieres. Pero será bajo tu entera responsabilidad.

Dickson rio por un extremo de la boca. Tomó el sombrero que había dejado en una de las sillas y se lo encasquetó, ladeándoselo sobre una oreja.

—¿A qué hora debo volver, Madison?

—¡Vete al diablo, Dickson! Sé que vas a terminar mal. Vuelve cuando quieras, siempre que sea antes de las tres de la mañana.

Dickson dio un paso hacia la salida, seguido por las frías miradas de los tres, en cuyo fondo brillaba una ilimitada desconfianza. Con la mano en el tirador de la puerta, se detuvo.

Luego giró sobre sus talones, miró regocijado al trío que no le quitaba la vista de encima y sonrió. Después, haciendo bocina con las manos, gritó:

—¡Eh, tú, ricura; sal de la cocina!

“Mammie” tardó menos de cinco segundos en hacerlo. Desde el umbral de la puerta le miró abanicándose con sus largas y hermosas pestañas, balanceando el cuerpo de forma diabólica.

—¿Quieres más *whisky*, querido? —preguntó.

Dickson denegó con la cabeza y replicó:

—Nada de eso, pimpollo. ¿Cuánto tiempo tardarás en emperifollarte?

—¡Qué... qué quieres decir?

—Que subas a tu habitación y te arregles un poco. Tengo permiso hasta las tres de la madrugada y necesito una chica para que me acompañe. ¿Quieres ser tú, “Mammie”? Conozco una mo...

—¡Oh, querido —le interrumpió ella—, mándala al diablo! “Mammie” va contigo aunque sea al infierno. ¿A dónde me vas a llevar?

Dickson comprendió el por qué de la pregunta y replicó:

—Ponte lo mejor que tengas, bombón. Esta noche nos vamos a correr la juega más cara de cuantas has conocido.

—Eres un sol.

Siguió un silencio de apenas un minuto. Madison lo rompió, con los ojos centelleantes.

—“Mammie” no irá a ninguna parte, Dickson. Tiene que arreglar todo esto antes de echar la llave a la puerta.

La mirada de Dickson era fría y su sonrisa melosa. Se diría que se estaba divirtiendo de lo lindo, o tal vez no. Ninguno de los presentes lo podía decir con seguridad.

—Mira, ricura —dijo refiriéndose, naturalmente, a Madison—. La paloma es cosa mía. Por tanto, aquí el que quiera criados que vaya a un hotel y los pague. Anda, “Mammie”, dulzura; te estoy esperando.

Ella movió las caderas mientras se alejaba sin decir una palabra hacia la escalera. Los ojos de Madison eran un carbón encendido cuando los fijó en los de Dickson.

—Sigues ganando —dijo en tono fosco—... Al final ya veremos quien...

—Nadie, Madison —le interrumpió él—. Ni tú ni yo. Ahora “Mammie” viene conmigo. Nos vamos a divertir. Primero, porque es una chica que me gusta, y segundo, porque comprendo tu desconfianza para conmigo. Ella se encargará después de decirte dónde estuvimos, y cuáles han sido mis movimientos durante las horas que falte de aquí.

Calló, acercándose a la mesa. Se agenció un vaso de whisky y se lo echó entre pecho y espalda en contados segundos. Chascó la lengua y se puso otro. Deville tuvo un comentario ante aquello:

—Creo que “Mammie” va a tener que traerte en una camilla, Dickson. La pobre chica...

El taconeo de ella les interrumpió a los dos, y todos se volvieron hacia la escalera.

Dickson sintió que el suelo vacilaba bajo sus pies. “Mammie” avanzaba hacia él con movimientos cadenciosos y felinos. Llevaba un vestido de noche completamente negro y bordado de lentejuelas, todo de nylon. En las manos guantes del mismo color que le llegaban hasta el codo. En una de ellas un magnífico bolso, y en la otra una lujosa piel de armiño.

La espalda y los hombros estaban completamente al desnudo. Dickson prefirió mirar a los tres “gangsters” y vio en los ojos de estos, brillantes

como carbonos encendidos, una expresión que no le gustó, aun tratándose de que quien lo provocaba fuera una mujer como “Mammie”.

Estaba ya muy cerca, envolviéndole con el aroma de su costoso perfume.

—“Mammie” se ha vestido así para ti, querido —dijo en un susurro—. Estas ratas no saben distinguir entre lo bueno y lo malo. Vámonos.

Y le prendió por un brazo. Dickson se dejó llevar sin una sola protesta, mudo completamente ante tal derroche de belleza. Pero sin saber por qué, a su mente llegó el recuerdo de Yalú.

Caminaron un poco antes de encontrar un taxi libre. Una vez en el interior de este, Dickson preguntó a la que se apretaba contra él, mirándole a los ojos con los suyos entornados, y sombreados con sus largas y sedosas pestañas.

—¿A dónde te llevo, Jana?

Ella le agradeció con una sonrisa el que él la llamara por su verdadero nombre. Le apretó el brazo con su manita y replicó:

—Me gusta Broadway, Peter —dijo—. ¡Oh! Perdona, querido. Creo que en la calle tu nombre es otro, ¿no?

Dickson rio quedamente, besándola.

—Seguro que sí, Jana —y cambió el tono de voz, bastante más alto para dirigirse al taxista, que estaba esperando—: Llévenos a Broadway, amigo.

Por el camino, Dickson rompió el silencio y con ello los pensamientos de la mujer:

—¿Tienes preferencia por algún lugar?

Ella denegó con la cabeza. Pero luego se contradijo al decir:

—Sí, quisiera ir a un sitio donde no hubiera otra mujer más que yo, querido. Creo que voy a sentir esta noche unos celos terribles.

El rio besándola.

CAPÍTULO IX

Jana estaba casi borracha. Dickson lo sabía, como también que aquel era el momento más oportuno para hacerle unas cuantas preguntas.

Durante algunas horas habían ido de un lado a otro, recorriendo todos los garitos y salas de fiestas de Broadway, y ahora, estaban bailando al compás de la música negra en uno de los clubs más caros de la calle 49.

Apretada contra él, “Mammie” se dejaba llevar por la música. Se sentía flotar sobre unos cuantos millares de burbujas de champaña, y era completamente feliz.

Era aquel uno de los momentos en que no pensaba en nada, como no fuera en el extraño hombre que la llevaba entre sus brazos como si fuera una pluma, haciéndola experimentar sensaciones que hasta aquel momento había desconocido por completo.

Por su parte, Dickson pensaba que lo que estaba haciendo era bastante sucio. Por tanto, sacudió la cabeza para apartar cualquier pensamiento molesto y dijo:

—Es raro que nadie conozca a Murdock, Jana.

Al punto sintió cómo se envaraba entre sus brazos. Luego levantó la cabeza para mirarle y Dickson vio algo parecido al miedo. Era como si se hubiera despejado de repente.

—Por favor, Peter —susurró—, no quiero hablar de esto.

—De acuerdo, pimpollo. Olvidalo. Sólo fue un comentario sin importancia. Ya sé que todavía no soy de confianza —dejó de bailar y la condujo hacia la mesa— Bueno, ¿está prohibido también decirme a dónde vamos a trasladarnos?

Dickson hizo la pregunta como si tal cosa, al recordar que cuando Madison se negó a decirlo, ella no estaba en el comedor.

—¡Pues claro que no, tonto! Creí que ya lo sabías. Iremos a una casa que Murdock tiene instalada en Brooklyn. Te gustará, querido —luego le miró, abriendo mucho los ojos— Pero... No le digas a nadie que yo te lo he dicho, Peter. Tengo miedo, ¿sabes?

Dickson llenó dos nuevas copas de champaña y le ofreció una.

—Bebe y olvidalo, querida —luego, y mientras ella lo hacía, añadió—: Tengo que salir, ¿sabes? Es cuestión de un par de minutos-y... por causa del champaña. Espérame aquí, ricura.

Sin aguardar el asentimiento de ella, se alejó por entre las mesas hacia los lavabos, “Mammie” le siguió con los ojos, que tenían un extraño brillo que Dickson, por fortuna, no vio.

Pero él no llegó a ellos, se desvió yendo a una de las cabinas telefónicas. Cuando regresó, no habían transcurrido tres minutos, “Mammie” tenía los ojos entrecerrados y sostenía en su mano la copa de champaña.

Le miró a los ojos mientras él consultaba el reloj.

—Tenemos que darnos prisa, Jana. —dijo—. Va siendo tarde y no quiero que nos tengan que esperar. ¿Vamos?

Ella se puso en pie, y Dickson colocó sobre sus desnudos hombros la capa de piel. Jana le prendió por el brazo, y ambos salieron a la calle. Mientras Dickson llamaba a un taxi, dándole la espalda a ella, Jana sonrió de extraña manera.

Pero luego, cuando él se volvió a mirarla, ella compuso el rostro con un gesto estúpido de borracho. Se acercó tambaleándose. Dickson la tomó por la cintura y la obligó a entrar en el automóvil.

Dio unas señas cercanas a la casa donde les estaba esperando Madison.

La carrera y el aire de la noche despejaron por completo a “Mammie”. Al menos esto fue lo que pensó Dickson cuando descendió del taxi. Llevándola del brazo caminó a paso firme hasta la casa donde le esperaba

Madison.

Fue ella la que se detuvo antes de llegar, con los ojos fijos en un “Sedán” ocho plazas, aparcado veinte yardas más allá.

—Nos están esperando, Peter —dijo—. Madison estará furioso.

—¡Que se vaya al cuerno, cielo! No porque él quiera voy a dejar de salir contigo.

—¿Me llevarás otro día?

—Sí, cuando esto acabe.

La besó en el ascensor y junto a la puerta del apartamento. Luego Dickson llamó. Efectivamente, Madison estaba furioso, aunque todavía faltaba más de un cuarto de hora para las tres de la mañana.

Dickson no hizo caso. Se encerró en un absoluto mutismo, con los ojos fijos en el nuevo personaje que había junto a los tres “gangsters”. Madison reparó en ello, mientras “Mammie” iba a su dormitorio a cambiarse de ropa.

—Este es Bill Harris. Además de ser un buen conductor, Bill sirve para otros trabajos más finos. Tendrás ocasión de comprobarlo, Dickson.

Se estrecharon la mano, y después se entregaron a una actividad febril, trasladando al automóvil todo lo que les iba a hacer falta. “Mammie” llegó cuando iban a partir, entró en el “Sedán” y se sentó junto a Dickson y a Madison.

Este último le lanzó una torva mirada y preguntó—: ¿Te has divertido mucho, “Mammie”?

—Un horror, querido —y le besó en una mejilla para añadir después en tono maligno—: Si quieres saber algo más, te diré que Peter no se ha movido de mi lado en toda la noche.

—Eso es algo que no me importa, querida.

—Era solo un comentario, por si acaso.

El recorrido, a partir de aquel momento, lo hicieron en el más completo silencio.

En una de las más estrechas y fétidas callejuelas de Brooklyn, el “Sedán” se detuvo. Descendieron de él, y “Mammie”, tirando del brazo de Dickson, le hizo seguirla hasta el interior.

Dickson tomó nota mental del nombre de la calle y del número de la casa. Siguiendo a “Mammie” penetró en el portal y empezó a subir la escalera, con los ojos fijos en las hermosas piernas que tenía delante.

Eran las cinco y media de la madrugada cuando la casa quedó en el más completo silencio.

Dickson se despertó bien temprano aquel día, pero en contra de lo que tal vez estaba pensando Madison, y con él todos los demás, incluyendo a “Mammie”, y ésta con más razón que nadie, no salió de la casa.

En el transcurso de las horas, hizo muchas cosas, desde besar a “Mammie”, jugar al póker con el cuarteto, con suerte dispar y hacer

solitarios.

Estaba ya aburrido cuando sonó el timbre del teléfono. Dickson se dio cuenta de que Madison y los otros se sobresaltaban al oírlo. Él no hizo un solo movimiento, a pesar de que lo tenía al alcance de su mano. Esperó a que fuera Madison quien lo tomara. Luego le oyó hablar, como siempre con monosílabos. Supuso entonces, y acertadamente, que era Murdock quien llamaba.

Y tampoco se equivocó cuando se dijo que aquella llamada significaba acontecimientos rápidos.

Sus pensamientos los interrumpió Madison al tenderle el auricular.

—El jefe quiere hablar contigo, Dickson —dijo.

Lo tomó, escuchando.

—Dickson, ¿no?

—Sí, soy Dickson.

—Bien. ¿Ha salido hoy?

—No. No lo he hecho.

Siguió una pausa, que duró más de un largo minuto, hasta que de nuevo Dickson oyó aquella voz de timbre extranjero.

—Pues va a salir esta noche, Dickson. Lo hará exactamente a las ocho y cinco. Una vez en la calle entre en la primera boca de “metro” y saque billete hasta Madison Avenue. Allí, frente al 4.001, encontrará un “Ford” gris modelo 1959. La llave de la portezuela estará puesta en la parte izquierda. Suba al coche, conduzca hasta la calle 53 Oeste. Aparque frente al número 3.123 y abandónelo. Luego siga andando por espacio de un par de manzanas y deténgase. Encienda entonces un cigarrillo y póngase a contemplar las pieles que hay expuestas en el escaparate de Larry Evanz & Peleteros, y espere. Alguien se le acercará a usted y le preguntará si le gustan las pieles. La respuesta que tiene que dar es que espera poder comprar un buen abrigo a su esposa para estas Navidades. Entonces le ordenarán apagar el cigarrillo. Hágalo y siga a esa persona. Él le dará el resto de las instrucciones. ¿Necesita repetirme lo que le he dicho, Dickson?

—No. Tengo buena memoria.

—Bien. Suerte y no me falle.

Murdock colgó y Dickson se quedó con la certeza de que sus últimas palabras habían sido una advertencia, y una amenaza para él. Murdock, como cosa lógica, seguía desconfiando. Por tanto, aquel trabajo era solo una prueba.

No le había dicho que se quedara allí, sin moverse hasta que dieran los ocho. Pero sin saber por qué prefirió no abandonar la casa hasta esa hora. E hizo bien, porque media hora más tarde, Murdock volvió a telefonear.

Déville fue el que le tendió el auricular diciendo quedamente:

—Es el jefe, Dickson.

Lo tomó y preguntó apenas lo tuvo junto al oído:

—Dickson al habla, ¿diga?

—Hay algo de nuevo para esta noche, Dickson. Cuando termine el trabajo no regrese ahí. Tome un taxi o cualquier medio de locomoción que le parezca oportuno y hágase conducir hasta el kilómetro 27 de la carretera 23 Oeste. Cuando se quede solo, camine una milla en línea recta, y luego tuerza por un camino vecinal. Verá la casa un cuarto de hora más tarde. Mírela antes de acercarse a ella, y no llame si no hay luz en la ventana que está orientada al norte. ¿Entendido?

Dickson dijo que sí, y Murdock cortó la comunicación. No volvió a llamar, y, ya cerca de las ocho, dejó la agradable compañía de “Mammie”, sonrió al cuarteto y fue hacia la puerta con la mujer pisándole los talones.

Ella le echó los brazos al cuello.

—¿Volveremos a vernos, querido?

—Desde luego, dulzura —replicó.

Pero Dickson no estaba muy seguro de ello.

Procurando no ser visto, abandonó la casa y caminó sin apresurarse hasta la primera boca del “metro”. Ya en el vagón, camino de Madison Avenue, miró en torno, intentando averiguar si había alguien en este que se sintiera más o menos interesado por él.

No vio a nadie sospechoso. Por tanto, al descender en la estación subterránea de Madison Avenue, después de escudriñarla de nuevo, y antes de tomar las escaleras mecánicas que le conducirían a la superficie, Dickson penetró en una cabina telefónica y estuvo hablando aprisa por espacio de cinco minutos.

Salió de ella y fue a la cafetería a tomar un *whisky*. Con él en la mano y entre sorbo y sorbo, se concedió un cuarto de hora. Pagó entonces, apuró el contenido del vaso y subió al exterior.

No tardó en ver el automóvil, y que la llave estaba puesta en el lugar indicado. Subió y condujo tranquilamente hasta la calle 53 Oeste. Abandonó el automóvil en el lugar previsto, y media hora más tarde estaba contemplando las pieles expuestas en el escaparate de Larry Evanz & Peleteros, con el cigarrillo prendido entre los labios, a un lado de la boca.

No estuvo así mucho tiempo. Repentinamente, una voz preguntó a su espalda:

—¿Le gustan las pieles?

Dickson se volvió un poco para mirarle. El que así le interpelaba era un individuo que podía confundirse entre otros cientos de miles de los que pululaban por Nueva York.

—Sí —replicó fríamente—. Espero poder comprar un buen abrigo a mi esposa estas Navidades.

El hombre no replicó al pronto. Luego inició una sonrisa y dijo:

—Apague el cigarrillo, ¿quiere?

Dickson lo dejó caer al suelo y lo aplastó con el pie.

—¿Vamos, Dickson?

—Vamos. Y a propósito, ¿cómo se llama usted, amigo?

—Tex Hollan. Vamos, los muchachos nos están esperando.

Caminaron como dos buenos amigos, hablando del tiempo y de los últimos escándalos de Broadway, hasta la calle 51. Allí, Hollan indicó con un leve gesto un largo y potente “Morris”, estacionado cinco yardas más allá de una boca de incendios.

—Ese es el coche, Dickson.

Ambos hombres se fueron acercando a él, mirando en torno por si eran observados. No vieron a nadie, pero en uno de los oscuros portales la sombra de un hombre saltó al interior con el corazón en la garganta, sabiendo que de haberlo hecho un segundo después, hubiera sido descubierto irremisiblemente.

El “Morris” se puso en marcha y Dickson, con una torcida sonrisa en la boca, encaró a Deville y a Falcon, que se encontraban sentados a su lado. Antes de hablar miró al conductor. Este era Bill Harris.

—Falta uno —dijo con voz helada—. ¿Es que el gran Madison ha tenido miedo esta noche?

Falcon soltó un juramento en voz baja.

—Será mejor que cierres el pico y escuches, Dickson —dijo después— Lo que haga Madison es algo que no nos importa, ¿entendido? Es cosa de Murdock. A él, lo mismo que a nosotros, le toca obedecer.

—Hasta cierto punto. ¿Queréis explicarme por qué a mí se me ha enviado a corretear todo Nueva York mientras vosotros estabais aquí tan tranquilos?

—Vuelves a equivocarte, Dickson. Hemos recibido parecidas órdenes a las tuyas, ya que hemos salido de la casa por distintos sitios, y lo mismo que tú, solos hasta que Harris nos ha recogido.

—Voy a creerte, solo por ahora, Falcon. Veremos lo que dice Murdock a esto cuando le pueda telefonar. Ahora, ¿cuáles son las órdenes?

Dickson hizo la pregunta al hombre que se había presentado a sí mismo como Tex Hollan.

—Ahora mismo voy con ellas. Dickson, esta noche se trata de la joyería...

CAPÍTULO X

Las instrucciones a seguir brotaron de la boca de Hollan con claridad y eficiencia. Después de esto, el más absoluto silencio reinó en el interior del

“Morris”.

Dickson se dio cuenta de que ahora el automóvil corría de un lado para otro, unas veces acercándose al objetivo y otras alejándose de él. Comprendió que Harris debía tener instrucciones al respecto, y que lo hacía para despistar a un posible seguidor.

La marcha continuó así por espacio de hora y media, hasta que finalmente Harris condujo el “Morris” hacia la calle 51. Lo aparcó en la esquina de la Novena Avenida y anunció con voz carente de toda inflexión:

—Hemos llegado, muchachos. Ahora suerte.

El primero en salir del automóvil fue Hollan. Después lo hizo Deville y cuando iba a seguirle Falcon, Dickson habló:

—Una pregunta, antes de salir, Falcon. Suponte por un momento que se presenta la “bofia”. ¿Qué instrucciones tiene Harris?

La respuesta corrió a cargo del propio interesado.

—La de largarme de aquí con el automóvil, Dickson.

—¿Y los demás?

—Tendrán que componérselas como puedan. Son órdenes del jefe.

—Habrá que poner esto en claro con Murdock —replicó—. No me gusta servir de pantalla.

Falcon le miró atravesadamente y luego abandonó el “Morris”. Dickson le fue a la zaga.

La calle estaba silenciosa y desierta. Con los cigarrillos en la mano, y andando tranquilamente por parejas, pasaron frente a la joyería de la viuda de Isaac Murder, una de las más famosas de la calle 51.

Siguieron adelante. Luego, cuando ya la hubieron pasado cosa de unas quince yardas, los cuatro se pararon. Se dieron la mano en señal de despedida y cada uno fue por un lado. Media hora más tarde convergían, a intervalos de cinco minutos, en la puerta trasera de la joyería.

Fue entonces cuando Dickson sufrió su primera sorpresa, en aquel su primer trabajo.

Mientras Deville quedaba vigilando con la mano bajo la axila, Hollan se acercó a la puerta y llamó de manera convenida. Dickson oyó el ligero ruido que hizo la mirilla al descorrerse. Alguien les estaba observando a través de ella.

Luego siguió un corrimiento de cerrojos y apareció un hombre alto, algo viejo, ya que su pelo era cano. Surgió de la oscuridad como un fantasma.

—Vamos, pasen —dijo con voz cascada—. Aprisa.

Deville quedó fuera, mientras que Dickson, Falcon y Hollan penetraban en el interior.

—Vamos, abuelo, indíquenos dónde está la caja.

Dickson sabía el por qué de la petición de Hollan. En el escaparate, y en las vitrinas del interior había, indudablemente, joyas de mucho valor,

pero ninguna como el collar de esmeraldas que se guardaba en la caja fuerte.

Dickson intuyó que aquello había llegado a oídos de Murdock por mediación del vigilante nocturno. Aquel hombre estaba comprado. No cabía la menor duda, ya que les abrió la puerta al reconocerles cuando les miró a través de la mirilla.

—Vamos aprisa, abuelo.

La voz perentoria de Hollan le sacó de sus vacilaciones, y avanzó detrás de todos, llevando sujeta la “Parabellum” por la culata.

Guiándoles por los pasillos, con la luz tenue de su lámpara de bolsillo, el vigilante les condujo a una espaciosa sala amueblada como un despacho, a cuyo fondo, Dickson vio la enorme caja de caudales.

Hollan se metió la mano en el bolsillo y sacó unos guantes, que se puso en un santiamén. Avanzó hacia la caja, y sin poderlo remediar, Dickson sintió admiración por él, adivinando lo que iba a hacer. Abrirla por mediación del tacto.

La voz del vigilante rompió el extraño silencio que reinaba:

—Será mejor que me den mi parte.

Dickson creyó que pedía dinero. Pero no era así. De su equivocación le sacó la voz de Felton.

—Dale un culatazo y amárrale fuerte, Dickson —y como viera su cara de estupor, agregó riendo tenuemente—: Vamos, chico. El viejo Nick ya sabe que solo se trata de una broma, aunque después la policía lo creará de manera muy seria, cuando les cuente cómo le atacamos.

Dickson no vaciló. No podía hacerlo, y mucho menos ante las miradas de Falcon y Deville. Por tanto, sacó la “Parabellum” y la levantó sujetándola por el cañón, mientras el viejo Nick se volvía de espaldas.

Le golpeó duramente, y aquel se desplomó sin un solo gemido. Cuando acabó de atarle, oyó la voz de Deville preguntándole:

—¿Te falta mucho, Hollan?

Dickson le miró a su vez. A la luz de la lámpara vio su cara pálida, y las gruesas gotas de sudor que le corrían por ella hasta ir a perderse en el cuello de su camisa.

—Menos de cinco minutos —replicó—Que uno se quede aquí conmigo y los otros vayan a buscar a Harris.

Continuó con la cerradura, manipulándola con sus dedos largos y sensitivos y el oído pegado al acero, tratando de escuchar todos y cada uno de los sonidos de la cerradura.

Felton rezongó bajito encarado con Dickson:

—¿Cómo está ese?

Falcon rezongó bajito encarado con Dickson:

—Continúa durmiendo —replicó tras lanzarle una rápida ojeada.

—De acuerdo, Dickson. Nosotros nos quedamos aquí hasta que Hollan

acabe de abrir la caja. Tú puedes largarte y avisar a Harris para que se vaya acercando con el “Morris”. Eso si quieres.

Dickson sonrió.

—De acuerdo, Falcon. ¿Debo volver? #

—Sí, pero no entres. Si nosotros no hemos salido, quédate al lado de Deville, y procura no perder de vista nada de lo que suceda en la calle.

—A la orden, jefe.

Y se marchó silenciosamente, dejando a Falcon en la duda de si se estaba burlando o no.

Abrió la puerta, que simplemente estaba entornada, y salió dejándola del mismo modo. Deville no estaba en la calle. Pero Dickson le adivinó cerca, aguardando en la oscuridad de algún portal, presto a dar la alarma si ocurría algo.

Empezó a andar en dirección a la manzana más cercana, para salir a espaldas del “Morris”. Llegaba a ella cuando Deville le chistó desde uno de los portales. Dickson hizo como que no le había oído, pero se detuvo dos pasos más allá y fingió que se le había desatado el cordón de uno de los zapatos.

Cojeando se acercó al portal. Deville habló primero. Dickson le notó neryioso.

—¿Cómo va eso, Dickson?

—Bastante bien. Te estaba buscando. Dice Falcon que traigas a Harris. Os esperamos aquí. Date prisa, Deville.

El “gangster” salió del portal cuando Dickson se hubo alejado unas yardas. Caminó aprisa por la acera. En aquel instante se oyó el zumbido de un motor, y el “Morris” asomó por la esquina con los faros apagados.

Harris frenó en seco al lado de Deville.

—¡Rápido, Deville! —dijo hablando apresuradamente—. He visto rondar por aquí a tres autos de la Brigada Volante. Vámonos. ¿Y los demás?

Deville saltó dentro del “Morris”, llevando ya la automática en la mano antes de contestar:

—Están dentro, Harris. Larguémonos si hay peligro real.

Dickson dijo:

—Largaos. Voy a avisarles.

Y corrió hacia la puerta trasera de la joyería. Pero no llegó a ella. Mucho antes se tuvo que pegar a la fachada, y luego meterse rápidamente en un portal, mientras la calleja se iluminaba con las luces de los faros de los coches-patrulla.

Harris pisó a fondo y el “Morris” dio un fenomenal salto. Se subió al bordillo y al llegar junto al primer auto-patrulla, su cuenta-millas marcaba más de cincuenta por hora.

Deville disparó por la ventanilla. Y los faros de uno de los automóviles

saltaron hechos añicos. Una metralleta contestó a los disparos del “gangster”, llenando de explosiones la calleja.

Dickson vio cómo la puerta se abría dando paso a Hollan, y Falcon, mientras el “Morris” daba un bandazo, se subía de nuevo a la acera, y acababa por empotrarse contra la pared.

Ahora había sombras en la calle, y los silbidos agudos de la policía sonaban por todos lados. Dickson les oyó y les vio venir a todo correr, mientras Falcon, corriendo en zig-zag, atravesaba la calle y se perdía entre las sombras.

Hollan no hizo eso. Tenía la automática empuñada. La levantó al pasar junto a él. Apuntó un solo segundo y oprimió el gatillo tirando contra uno de los policías que estaba más cercano.

Pero falló. Dickson le empujó en el momento preciso y la bala se perdió calle abajo. Hollan soltó un juramento volviéndose hacia él.

—¡Has sido tú, maldito soplón! —estalló.

Y levantó el arma. Dickson no esperó a quitársela, sabiendo que no podía. Disparó desde la cadera y Hollan saltó hacia atrás, muerto, con un negro orificio en la frente.

Alguien disparó contra él, pero no replicó. Su único deseo era guarecerse, encontrar una vía de escape antes de que llegaran a su lado.

Alcanzó el portal viendo venir a la policía desde ambos lados de la calle.

Se metió en él con la “Parabellum” en la mano. Luego respiró fuerte y se asomó. Los policías se habían detenido junto al cadáver de Hollan. Eran unos segundos de respiro. Muy pocos, pero Dickson los supo aprovechar. Corrió también en zig-zag hacia el final de la calle, y ahora sí que demostró su valía como corredor, ya que la alcanzó en contados segundos.

Había un automóvil policial estacionado en la misma esquina. El agente de uniforme, seguramente el conductor, había bajado de él. Le vio venir y se llevó la mano a la funda.

Luchó con las correas unos cuantos segundos antes de poder extraer el arma. Para entonces Dickson ya estaba encima. Sin pensarlo, lanzó su puño derecho, y el agente se desplomó sin un solo gemido.

Dickson empuñó el volante del coche de la Brigada Volante, cuando la calle volvía a iluminarse con los potentes faros de los automóviles. Le estaban buscando de nuevo.

Pisó el acelerador y se perdió en la noche camino de Broadway. Dun, de la Brigada Volante, también estaba allí; pero esta vez no pudo alcanzar al fugitivo.

No obstante, tres horas más tarde, el mismo Dickson, valiéndose de la emisora del automóvil, les indicó dónde lo había dejado. Cuando llegaron al lugar, naturalmente, de Dickson no había ni rastro.

—Pare aquí, amigo.

Dickson dio las gracias y luego quedó en la carretera mirando cómo se alejaba el camión que le había llevado... hasta allí.

Cuando la luz roja de su faro piloto se perdió en una curva, Dickson encendió un cigarrillo y, pausadamente, empezó a andar. Cosa de media milla más adelante miró su reloj de pulsera.

Eran las dos y treinta de la madrugada.

Estaba pensando en Felton. Él también se habría salvado. Sí, era seguro. Ahora bien, quedaba una incógnita que podía ser peligrosa para él. ¿Le vio disparar sobre Hollan, o desapareció mucho antes?

La bifurcación del camino estaba allí. Dickson entró por él sin una sola vacilación. Caminando ahora aprisa no tardó en llegar a la curva. La dobló y ante sus ojos apareció la majestuosa y sombría edificación de una enorme casa de campo.

Por fuera de la vereda, casi bajo los árboles, Dickson continuó acercándose. Con los ojos clavados en las ventanas orientadas al norte. Mucho antes de llegar vio la ventana iluminada. Entonces apretó el paso.

En contra de lo ordenado por Murdock, no tuvo que llamar. “Mammie”, tan hermosa o más que nunca, estaba en la puerta. Le vio venir y corrió hacia él, echándole los brazos al cuello.

Dickson la besó apretándola contra su pecho y luego, llevándola enlazada por la cintura, se fue acercando a la casa.

—¡Oh, querido!

Eso lo dijo “Mammie” ya en el interior y mientras cerraban la puerta. Al oírla, Dickson supo que ella ya estaba enterada de lo sucedido. Se preguntó si había sido Falcon quien llevara la noticia, o ella lo había sabido por otro conducto.

Dickson no dijo nada al respecto, pero preguntó por algo que también le interesaba:

—¿Está Madison, dulzura?

—Sí, vino conmigo. Creo... creo que están preparando algo gordo.

Dickson se detuvo y la miró a los ojos.

—Conmigo que no cuenten. No me gustan los soplones. Y lo de esta no...

—Por favor, Peter... Yo... creí que habías muerto, o que habías caído en poder de la policía. Falcon contó lo ocurrido. ¿Qué fue de los otros?

—Te lo diré delante de esos dos, cariño.

Madison y Falcon levantaron los ojos de los naipes y le miraron cuando entró. La mirada de Dickson era fría en extremo. Sin saludar ni decir nada se sentó y encendió un cigarrillo.

Como si esperara verle así, “Mammie” se alejó contoneándose, para

reaparecer cinco minutos después con una botella de *whisky* y dos vasos.

Se sentó frente a él, cabalgando una pierna encima de la otra, pero Dickson no estaba ahora por una anatomía más o menos hermosa.

Bebió un buen trago del vaso que ella le entregó, y luego clavó los ojos en Madison y en Falcon, que, silenciosos, no le quitaban la vista de encima.

Sus palabras pusieron frío en la médula de “Mammie”.

—Quiero hablar con el jefe, Madison —dijo heladamente.

Este dio un ligero respingo sobre la silla, y luego rio:

—Son muchos los que quieren hacerlo, Dickson. Yo el primero. Sin embargo, hay que esperar a que llame para poder hacerlo.

Dickson se puso en pie. “Mammie” vio cómo se acensaba a la mesa.

—No mientas, Madison. Apuesto lo que quieras a que tú puedes hacerlo... Y será mejor que lo hagas. Te supongo enterado por Falcon de lo ocurrido esta noche. Pero aún falta la otra parte que es la que tengo que contar yo; Esto ha sido cosa de un soplo. ¿Fuiste tú, Madison? ¿O fue el propio Murdock el que lo hizo porque le estorbaba alguien de los que íbamos?

—Te estás pasando de la...

—¡Cierra el pico y escucha, Madison! Esta noche he visto morir a tres de los nuestros, a pesar de que el plan era sencillo. Llama a Murdock, Madison. No quiero que me des el número, ni tampoco intento averiguar nada que no me concierna. Simplemente, que hay entre nosotros un maldito soplón y voy a decírselo. Y es más, Madison. Voy a mandarle al cuerno. No me gusta trabajar con personas en las cuales no se puede tener confianza. ¿Está claro?

Madison, soltó una risita.

—Supon por un momento que, efectivamente, sé a dónde llamarle, y que, sabiéndolo, no, quiero hacerlo. ¿Qué ocurriría, Dickson?

—Tratándose de una suposición nada, Madison, Si es una certeza, te mataría si te negaras. He estado a punto de perder la vida esta noche, y no voy a detenerme por tan poca cosa. ¿Qué decides, Madison?

El *gangster* se puso en pie y ambos hombres se miraron a los ojos.

—Voy a llamar al jefe, pero no porque tú me lo hayas dicho, Dickson, sino porque yo lo creo conveniente. Después, hablaremos tú y yo de algunas cosas de las que has dicho.

Dickson le dio la espalda y fue a sentarse frente a “Mammie”. Madison le siguió con los ojos; luego dio media vuelta, atravesó el *hall* y se metió por una de las puertas.

Dickson estaba besando a “Mammie” cuando Madison reapareció de nuevo.

—El jefe quiere hablar contigo, Dickson.

Y él notó al punto que no había animosidad en su voz. Sin dar a

entender la extrañeza que sentía se puso en pie y fue en busca del teléfono. Falcon se levantó y fue tras él, seguido de “Mammie”, que había hecho lo propio.

La habitación resultó ser un despacho amueblado lujosamente. Encima de la mesa había un teléfono con el auricular descolgado y Dickson lo tomó nada más entrar.

—¿Murdock? —preguntó.

—Sí. ¿Qué diablos me ha contado Madison, Dickson?

—No lo sé. No estaba presente. Pero si se refiere a lo de esta noche, tengo que decirle algo: Me niego a trabajar con ninguno de sus, hombres. No me gustan los soplones. Ya se lo dije una vez, Murdock. Por tanto, voy a abandonar esta casa y largarme. Trabajando solo, el riesgo se reduce mucho. Con fiarme de mí mismo tengo más que suficiente. ¿Está claro?

—Muy claro, Dickson. Pero usted no hará nada de esto. ¿Sabe por qué? Porque le necesito pasado mañana... Y ahora no habrá fracaso. ¿Está seguro que ha sido por causa de un soplo, Dickson?

—Dígame lo contrario y pruébelo, Murdock. Nada me importa quién sea o deja de ser usted. Pero no me gusta correr riesgos innecesarios. Esta noche, yo pude ser uno de los fiambres. Luego tuve que salir por pies... — y a continuación contó su versión de lo ocurrido, para acabar diciendo—: Otro soplo, y no me verán el pelo. Podrán irse al cuerno.

Murdock respiró fuerte al otro lado del hilo. Dickson le oyó con claridad y se preguntó en qué estaría pensando.

—Escuche, Dickson; no tolero a nadie que me hable así. Esto ya debía de saberlo. Quédese ahí hasta que reciba noticias mías. Voy a averiguar lo ocurrido. Si fue a causa de un soplo, le llevaré a usted al hombre que lo hizo. ¿Está conforme?

—De acuerdo. ¿Debo permanecer aquí encerrado hasta que me llame?

—No el día de mañana. Incluso puede tomarse la noche, pero sí el siguiente. ¿Comprendido, Dickson?

—Sí. Me llevaré a “Mammie”. Me gusta la chica, jefe.

Murdock colgó. Dickson hizo lo propio y se encaró con Madison:

—Ahora podemos hablar de lo que tú querías, Madison —dijo fríamente.

El *gangster* le miró de pies a cabeza.

—Algún día te romperé la cara, Dickson —dijo suavemente.

—Puedes empezar ahora mismo. Te estoy esperando, Madison.

El *gangster* dio media vuelta y salió de allí seguido del silencioso Falcon. Dickson les vio partir y luego volvióse a mirar a “Mammie”. En un segundo la tuvo en sus brazos. Después de besarle, la mujer habló:

—Tengo miedo por ti, cariño —susurró—. Madison ha matado a algunos hombres, y te matará a ti si no tienes cuidado.

El rio, al parecer bastante divertido.

—No temas, ricura —replicó después—. Madison tiene miedo...

—No es solo Madison, Peter. Se trata también del jefe. Nadie le ha tratado como tú, Murdock no lo olvidará. Si ahora calla es porque te necesita para algo. ¿Te lo ha dicho?

—Olvídalo, querida. Ahora vete a dormir. Mañana iremos por ahí otro rato.

La llevó hasta la puerta de su habitación. Una vez allí, “Mammie” le ofreció los labios. Pero Dickson no los besó. Y no por falta de ganas, sino porque ella dijo:

—No sé lo que me ocurre contigo, Peter... Es extraño si tú quieres, pero... no, Peter, no pareces de esa clase.

Dickson tensó todos los músculos, pero logró que su cara permaneciera impassible.

—¡Diablos, “Mammie”! —replicó—. ¿Cómo se te ha ocurrido eso? —y añadió en tono jocoso—: Ahora, si lo quieres arreglar del todo, no hace falta nada más que se lo digas a Madison. Verás a continuación unos cuantos fuegos artificiales.

Ella denegó con la cabeza, acercándose más a él.

—Algunas veces me pregunto si eres tonto, Peter. ¿Es que todavía no te has dado cuenta de que te quiero?

Dickson la miró desenfadadamente.

—Confieso que no lo sabía, Jana. ¡Ha sido para mí una sorpresa!

—¡Tonto! ¡Estúpido! Pero que...

“Mammie” prefirió besarle antes de terminar lo que iba a decir. Luego, cuando recobró la respiración, inquirió:

—¿Quién eres tú en realidad, querido?

Dickson achicó los ojos y ella tuvo miedo de su expresión.

—¿Qué intentas decirme, “Mammie”? —preguntó con voz ronca.

Por toda respuesta ella le empujó al interior de la habitación. Cerró la puerta a su espalda y le encaró mirándole a los ojos valientemente.

Con sus lindas manos sobre los hombros de él, habló quedamente:

—Nada que me importe, Peter. Absolutamente nada, ¿comprendes? Yo... tuve una mala niñez. Mi padre fue un *gangster* y mi madre... Mejor es no hablar de ella. Me crie en este ambiente. Soy... cualquier cosa. Lo único bueno es mi amor por ti. Lo demás no importa, Peter.

Los ojos de Dickson eran duros en extremo. Con voz carente de toda inflexión replicó:

—Sigo sin entenderte, “Mammie”. ¿Qué quieres darme a entender?

Ella le abrazó, mirándole a los ojos, con los labios entreabiertos en muda invitación.

—Que debías tener más confianza conmigo, querido —susurró—. No estaba tan borracha cuando dijiste que ibas a los lavabos. Sé que no fue, así... Yo... es algo que no me preocupa, por mí. Pero están Madison y

Murdock, querido. Si se enteran de esto, y de que luego fracasó el robo, atarán cabos. Temo por ti, Peter.

Los ojos de Dickson eran solo una ranura estrecha. Pero a través de ellos, “Mammie” pudo ver que despedían fuego.

—Fui adonde te dije, “Mammie” —replicó.

—Sí, querido. Eso es lo que he dicho yo también. Fue... fue un comentario entre nosotros.

—Comentarios que no gustan, dulzura.

—Sí, Peter. De acuerdo. Ya no haré ninguno más. Es preferible esto.

Y abarcó con sus brazos el cuello de él. Dickson se inclinó para besarla, tomándola por la cintura, aspirando su fragancia de mujer hermosa, pero con el pensamiento puesto en lo que ella había dicho.

Por primera vez en mucho tiempo, su cerebro le estaba dictando dejarla salir de allí y abandonarle todo.

Pero no pudo.

CAPÍTULO XII

El automóvil era un “Bentley” de ocho asientos, y estaba pintado de color café con leche. Se encontraba estacionado en la acera derecha, frente a una de las puertas del Madison Square Garden.

Dickson le vio casi al mismo tiempo de desembocar en la calle 49. Por tanto, se detuvo frente a uno de los escaparates y disimuladamente observó al “Bentley”.

Hecho esto siguió andando. Se entretuvo en leer la cartelera que decía que aquella noche dos conocidos pesos pesados se estaban partiendo el alma en el cuadrilátero, y luego siguió andando.

Al llegar a la altura del “Bentley”, le lanzó una mirada de soslayo y respingó sin poderse contener. Ya que frente al volante había una rubia.

Pasó de largo diciéndose que por primera vez desde que se había metido en aquel lío, merecía la pena trabajar para Murdock. Eso, claro está, descartando a “Mammie”, y procurando no pensar en el peligro que esta entrañaba para él si se decidía a hablar.

Diez yardas más allá, se detuvo. Consultó el reloj. Miró en torno, sacó la pitillera y de ella un cigarrillo y se acercó al “Bentley”. La rubia estaba fumando. Dickson se acodó en la ventanilla:

—¿Me da fuego, *miss*?

Ella levantó los ojos para mirarle y Dickson vio que eran intensamente verdes y que le miraban con indiferencia.

—¿Por qué no? —hizo una ligera pausa y preguntó, al parecer sin que viniera a cuento, y mientras le ofrecía el cigarrillo para encender—: ¿Le gusta Nueva York?

Dickson encendió el suyo. Aspiró con deleite un par de bocanadas de humo y repuso:

—Prefiero Filadelfia, *miss*.

Ella rio mostrando unos dientes como perlas, y su blanca y tersa garganta.

—No nos pondremos de acuerdo.

Aquella era la consigna. Dickson se apartó de la ventanilla, dio la vuelta por delante del “Bentley”, abrió la portezuela y se acomodó al lado de la rubia, no sin antes lanzarle una rápida ojeada que la abarcó de pies a cabeza.

Ante un cuerpo como aquel y unas curvas como aquellas, “Mammie” quedaba completamente eclipsada. Y lo sentía, pero por “Mammie”, claro.

Esto lo pensó Dickson sin dejar de mirarla, mientras ella arrancaba.

Unas yardas más allá se atrevió a preguntar:

—¿A dónde vamos?

—A Long Island. Por el camino le explicaré lo que hay que hacer.

—Me presentaré entretanto. Me llamo...

—Ya lo sé —atajó ella—. Peter Dickson.

—¡Cáscaras! ¡Usted es de las que se las saben todas! ¿No?

—Recibí instrucciones. Eso es todo, Dickson. Por tanto, con esto, su curiosidad debe quedar satisfecha, ¿comprende?

—¿Y cómo no, dulzura?

Se retrepó contra el asiento. Aspiró largamente el humo del cigarrillo y exclamó:

—Todavía no me ha dicho cómo se llama, portento.

Ella le lanzó una rápida mirada de través y replicó:

—Me llamo Donna Garner.

—¿Para siempre... o solo por esta noche?

—Sólo por esta noche, Dickson.

—Y yo, ¿cómo he de llamarme?

—Se lo diré más adelante. Ahora, si quiere cerrar el pico se lo agradeceré.

—¡Cuernos, Dickson, la gatita tiene uñas!

—¡Ahórrese los comentarios estúpidos, imbécil!

—Gracias, querida. Jamás me piropearon de manera tan agradable.

Y cerró los ojos, no viendo, por tanto, la mirada furiosa que le dedicó ella.

Faltaban dos millas y media para llegar cuando Donna detuvo el automóvil. Dickson abrió entonces los ojos y la miró.

—¿Ya hemos llegado, ricura?

La mirada de la mujer era torva en extremo.

—Deje de hacerse el gracioso que no le va, y escuche. ¿Ha oído hablar de los Benton?

Dickson frunció el entrecejo.

—¿Se refiere a los Benton de Long...?

—A los mismos —atajó ella—. Vamos a ir a la quinta de recreo que poseen en Long Island. Como ha oído hablar de ellos, sabrá que son una de las familias más acaudaladas de Nueva York. Esto, al decir de las gentes, ya que la única que tiene el talonario de cheques es Bárbara Benton. Además del talonario en cuestión, tiene la manía de coleccionar joyas preciosas. Algunas de una extrema rareza. Otras históricas como la que lucirá esta noche durante la fiesta. Se trata de un “pendentiff” de diamantes y esmeraldas que perteneció a la reina Victoria. Su valor actual

en el mercado es de un millón doscientos mil dólares. Hay que aligerarla de ellos, durante la fiesta.

—¡Diablos! ¿Espera el jefe que sea yo quien lo haga?

Ella rio suavemente y Dickson, a pesar de su estupor, deseó besar aquella blanca garganta.

—Nada de eso. Usted se limitará a acompañarme en calidad de marido mío. —Dickson pensó que aquello estaba bien, pero que muy bien—. Una vez en la fiesta no pierda a nadie de vista. Durante el baile, y alrededor de las doce de la noche, las luces se apagarán. Para entonces, usted tiene que estar situado junto al pasillo. Por tanto, cuando esto ocurra, procure no dejar salir a nadie por allí. ¡Eso es todo!

—Y cuando se vuelvan a encender, ¿qué hago?

—No se preocupe. Todo está previsto.

—¿Y mi dulce esposa?

—Preocúpese solamente de usted.

—Está bien, querida. Y ahora otra cosa. ¿Cómo entramos en la fiesta?

Ella abrió el bolso y sacó un par de tarjetas, que le entregó. Dickson vio que estaban impresas con los nombres de Dick Laringuer y de su esposa.



— ¡Detened a ese hombre! —

4 - PÓRTATE

—Murdock piensa en todo —comentó—. Pero ha olvidado algo.

Ella le miró, ahora evidentemente

—¿Qué quiere decir, Dickson?

Este la miró de pies a cabeza con una mirada que más que una caricia era un insulto.

Ella se crispó y las aletas de su nariz se ensancharon.

—No me mire así, bastardo.

—¿Cómo te miro, nena?

Al punto, Dickson vio cómo ella hacia esfuerzos para controlarse. Volvió a la carga deseando verla completamente furiosa.

—Voy a decirte por qué pienso que Murdock olvidó algo, ricura. Olvidó decirme cómo tengo que tratar a mi mujer. Verás; yo tengo alguna experiencia, pero no sé si dará resultado.

Y antes que ella se diera cuenta del verdadero significado de sus palabras, Dickson la enlazó por la cintura y la besó en los rojos labios. Al punto sintió una patada en la espinilla, pero no la soltó.

La rubia se debatió en sus brazos. Luego, viendo que por aquel camino no conseguiría nada, alargó la mano y buscó dentro de la bolsa de la portezuela.

La primera noticia de que algo no andaba bien la tuvo Dickson cuando sintió como un objeto duro se le clavaba en el costado.

La soltó lentamente. El busto de ella estaba embravecido y su respiración era silbante. Dickson vio la azulada automática que ella empuñaba. Fue a decir algo, pero la rubia se adelantó a sus deseos.

Habló mascando las palabras.

—No se tome más libertades o le agujerearé el cuerpo, Dickson. ¿Entendido? No tiene que comportarse conmigo como si verdaderamente fuera mi marido.

Dickson se corrió al otro extremo del asiento. Los ojos de ella seguían brillando fijos en su cara. Finalmente él replicó:

—De acuerdo, querida. Pero comprende que tengo que representar mi papel a conciencia. ¿Qué dirá la familia Benton si nos ve con estas caras y oye que no nos tuteamos —luego la miró largamente y añadió—: Desde que te vi supe que eras peligrosa. No tienes miedo a nada, ¿verdad?

—No, no lo tengo. Y oiga, Dickson. No me importaría matarle. Si me da pie para ello...

—Una pistola siempre hace ruido, pimpollo.

—Una pistola, sí, desde luego. Pero dentro del bolso tengo una jeringuilla. Bastaría un ligero pinchazo sobre su piel para mandarle al infierno. No olvides esto, querido —replicó ella, tuteándole súbitamente.

Dickson la miró como dudando de sus palabras. Ella mientras hablaba había bajado el arma unas pulgadas. Entonces Dickson levantó el brazo y

la golpeó en la muñeca.

La automática cayó al suelo. Donna se inclinó para cogerla y Dickson la besó entonces. Después se miraron como dos gallos de pelea.

—Usted gana por ahora, Dickson —barbotó—. No olvi...

—Pórtate bien, querida, y todo irá sobre ruedas. A Murdock no le gustaría que nos peleáramos ahora. Vámonos. Se está haciendo tarde. En cuanto a la jeringuilla, guárdala para mejor ocasión, ricura.

Ella nada dijo, pero Dickson pudo ver en sus ojos un brillo mortal. Supo entonces que ella dijo la verdad. Le mataría con gusto, sin un solo remordimiento de conciencia, sin un solo temblor. Sí, Donna Gamer era una mujer peligrosa en extremo.

Llegaron sobre las once y media. Dickson consultó el reloj al descender del “Bentley”, y con todos los músculos en tensión siguió a Donna, la cual iba un par de pasos delante.

Frente a un enlevitado portero, ella se detuvo volviéndose a mirarle.

—¿Llevas tú las invitaciones, querido?

—Sí, claro.

Dickson se metió la mano en el bolsillo del chaqué y se las entregó. Fueron introducidos y anunciados como el señor y la señora Laringuer.

Y ante su estupor, fue presentado a los dueños de la casa sin que estos dieran muestras de extrañeza alguna. Durante las presentaciones de rigor, Dickson tuvo ocasión de admirar el “pendentiff” que lucía Bárbara Benton, y se dijo que Murdock se sentiría orgulloso si lograba apoderarse esa noche de una joya como aquella.

Procuró tener un aparte con su “dulce esposa”. Lo consiguió minutos más tarde y la abordó llevando en la mano dos copas de champaña.

—Los Benton no se han extrañado de nuestra presencia, Donna —dijo—. ¿Por qué?

—Sigues con tu maldita curiosidad, Dickson —replicó ella en un susurro—. Esto te acarreará cualquier día un disgusto —calló unos segundos y luego se avino a contar la historia—: Es sencillo. Los Laringuer existen verdaderamente y viven en Chicago. Tienen un hijo; en este caso eres tú, que luchó con el de los Benton en Birmania, en esta pasada contienda. El hijo de los Benton murió. Sólo quedas tú, un desconocido para recordárselo. Alguien averiguó todo esto, y no le fue difícil conseguir una invitación para esta fiesta. Ya verás, como finalizada ésta, te vuelven a invitar, a solas, para que les hables de su pequeño Bill. Pero, por suerte no te verás en ese compromiso —consultó el reloj—; faltan cinco minutos para las doce. Ve junto al pasillo, y adiós, querido espeso. Cree que lamento que no estés presente cuando se termine la fiesta. Me gustaría saber qué historia inventabas para los Benton.

Dickson hizo una mueca y fue al lugar indicado pensando que Murdock tenía buenas fuentes de información, y que nunca dejaba un cabo suelto.

No era, pues, culpa de la policía el que no le Hubieran detenido aún.
En aquel momento se apagaron las luces.

CAPÍTULO XIII

Hubo unos segundos de intenso silencio. Repentinamente este fue roto por la voz excitada de Bárbara Benton.

—¡Oh! ¡Me han robado! —lanzó un agudo chillido—. ¡Mi “pendentiff”!

Dickson estaba en el centro del pasillo. Un tanto alejado del barullo pensando en su flamante esposa de un rato, y en si dentro del local habría más hombres de Murdock.

Se estaba confesando que era muy posible, cuando alguien llegó corriendo. Dickson le sujetó con fuerza en medio de la oscuridad. Tocó la tela del vestido y sintió el perfume caro de una mujer. Luego, un grito hirió sus oídos.

—Tranquilícese —dijo—. Estoy tratando de que no salga nadie por aquí.

Sin despegar los labios, la mujer se desprendió con violencia. Pero no intentó pasar. Dickson se dio cuenta cómo se alejaba en dirección al revuelo que todavía continuaba.

De nuevo oyó pasos. Adivinó que era un hombre y le salió al encuentro. Lo sujetó lo mismo que había hecho con la mujer.

—No se puede pasar, amigo —dijo.

Recibió el impacto del puño en el hombro. La violencia del golpe le hizo girar en una completa vuelta sobre sí mismo. Tropezó con la pared. No veía a nadie, pero oyó la fuerte respiración del hombre. Lanzó la izquierda como una catapulta.

Sintió el impacto en sus nudillos y se dio cuenta de que éstos se despellejaban. En aquel momento se encendieron las luces. Tan rápida y oportunamente que Dickson aún tuvo tiempo de ver cómo se desplomaba al suelo.

Dio un par de vueltas sobre, este y luego se sentó. Sus ojos estaban llenos de furia cuando le miró.

—¿Qué diablos hace aquí? —preguntó de mal talante, como era lógico.

Se puso en pie justo en el momento en que Dickson replicaba.

—Tratando de impedir el paso. Según he oído decir se ha cometido un robo. Me encontraba cerca del pasillo, y creí que estaba haciendo un bien a la familia Benton.

—Es bastante extraño eso, míster —replicó el otro. —Muy extraño.

Dickson se vio rodeado... Multitud de miradas se fijaban en él.

—¿Qué tiene de extraño? —preguntó.

El hombre era uno de los invitados. A Dickson le había sido presentado, pero no recordaba su nombre. Replicó a sus palabras en tono frío:

—Que el teléfono de la casa está precisamente ahí. Usted ha evitado que se llamara a la policía, dando tiempo al ladrón a que se fugara de aquí.

Dickson miró en torno. Su “esposa” no estaba allí.

—¿Por qué no la llama ahora? —preguntó para ganar tiempo.

El individuo fue a replicar, pero el dueño de la casa lo hizo por él.

—Ahora lo haremos, aunque no creo que haga mucha falta. Propongo que le registren a usted.

Dickson tuvo entonces una idea que le pareció genial.

—Si viviera su hijo, no creo que le gustaría mucho esto, míster Benton.

—Tampoco le gustaría que el hombre que robó un “pendentiff” quedara libre de su delito. ¿Verdad, míster Dickson?

Se volvió como una fiera y entonces la vio. Yalú estaba allí, vistiendo un sencillo pero elegante vestido de “lamée”, mostrando sus brazos, hombros y espalda al desnudo, mirándole con sus extraños y rasgados ojos de manera inquisitiva.

—No sé de qué me está hablando, *miss* —replicó Dickson lo más tranquilamente que pudo mientras se devanaba los sesos en busca de una vía de escape, preguntándose de paso dónde había estado escondida Yalú, ya que no la había visto.

Posiblemente ya estaba en la casa cuando él llegó. Le vio, y se escondió en cualquier parte para evitar, encontrarse con él. Sí, aquello era lo más probable.

Yalú interrumpió sus pensamientos.

—Detened a ese hombre. Pertenece a una banda bien organizada. Ha entrado aquí con nombre falso para robar. Sujetadle y que alguien llame a la policía.

Dickson retrocedió un paso. Al ir a dar el otro, uno de los hombres avanzó hacia él llevando una automática, con la cual le apuntaba al pecho.

—No hace falta llamar a la policía —dijo—. Yo soy policía. Por tanto, Dickson, si es verdad que se llama así, me lo llevaré detenido hasta que esto se aclare.

Dio un paso hacia él mientras Dickson se conceptuaba perdido; cuando Yalú intervino de nuevo:

—¿Se puede saber quién es usted?

El hombre se metió la mano en el bolsillo y mostró la placa a los presentes.

—Soy el teniente Jackson del departamento de Homicidios, *miss*.

La risa de Yalú sobresaltó a Dickson.

—¿No le parece muy extraño todo esto, señor Benton? —preguntó

después, y dirigiéndose al dueño de la casa—. ¡Que yo no conozca a mi propio padre! Debo de ser una chica muy extraña.

Dickson miró al hombre que había intentado salvarle. Entonces se llevó la mano a la axila y sacó la “Parabellum”. Las mujeres gritaron cuando ambos dispararon contra las lámparas.

Corrió entonces por el pasillo a oscuras. A su espalda oyó los pasos del otro.

Conjuntamente alcanzaron la salida mientras tras ellos, el tumulto aumentaba cada vez más. En una ventana brilló una luz cuando llegaban al lugar donde esperaba el portero.

Este se abalanzó sobre ellos haciendo alarde de una gran valentía. Dickson le puso fuera de combate con un seco trallazo que le alcanzó en la punta del mentón.

El portero se desplomó como un fardo mientras Dickson suspiraba desalentado al darse cuenta que el “Bentley”, lo mismo que Donna, habían desaparecido.

Miró en torno. El hombre pareció adivinar cuál era su preocupación y le sonrió.

—Vamos aprisa, Dickson —dijo—. Tengo mi automóvil bajo los árboles. Espero poder estar lejos de aquí cuando venga la policía.

Corrieron como locos. Alguien disparó hacia ellos desde una de las ventanas y Dickson sintió el aullido del plomo junto a su cabeza. No se detuvo ni se volvió.

Tampoco lo hizo el *gangster* que llevaba al lado.

Efectivamente, el automóvil estaba allí. Dickson subió a él cuando ya el otro esperaba junto al volante. Apenas cerró la portezuela, el coche arrancó con una violenta sacudida.

Dickson preguntó:

—¿A dónde vamos?

—A la carretera 23 Oeste, Dickson.

Le miró con sorpresa. El otro sonrió.

—Bueno, me presentaré. Mi nombre es Bill O'Donell. Como habré comprendido soy uno de los hombres de...

—Sí. Pero no lo comprendí al pronto —atajó Dickson—. Creo que debo darle las gracias. ¿No?

O'Donell rio tenuemente.

Hicieron el viaje en el más completo silencio.

“Mammie” fue la primera en salir a recibirles. Pero no le hizo un solo arrumaco ni intentó besarle. Dickson lo agradeció ya que su humor no estaba para tonterías de ninguna especie.

De nuevo frente a Madison, Dickson contó todo lo ocurrido aquella noche echando bilis por la boca. Terminó diciendo:

—Puedes ponerte en comunicación con Murdock y decirle que yo he

acabado ya con él y su pandilla. Esa chica, esa Yalú a quién habéis tenido aquí, con vosotros, no es ni más ni menos que la hija del teniente Jackson del Departamento de Homicidios. Y estaba allí, vigilando el “pendentiff”. Alguien fue con el soplo de lo que se preparaba esta noche. ¡Y fue uno de nosotros! ¡Uno que es soplón desde hace tiempo, Madison! Y sino, ¿cómo explicas que la hija de un teniente de la policía conviva con nosotros, en nuestra propia guarida? Da gracias a que por lo pronto solo buscan al jefe; si no, a estas horas, todos estaríamos en Sin-Sing. ¡Atajo de estúpidos! ¡Ni sospechar siquiera de ella! Pregúntale a O'Donnell si no me crees, Madison.

Pero al decirlo miraba a Falcon, que permanecía completamente silencioso, tal vez por no perder la costumbre.

Madison calló por unos cuantos minutos. Estaba pensando. Luego replicó:

—Averiguaremos eso, Dickson. Puedes estar seguro de ello. Ahora debes irte a dormir. Estás muy nervioso.

—¡Al cuerno con mis nervios!

—Por primera vez te pido que me hagas caso, Dickson. Vete a dormir, que mañana puede que haya trabajo.

—No cuentes conmigo. ¡Al diablo con todo esto!

—Creo que el trabajo de mañana te resultará agradable.

—¿Qué es lo que sabes?

—Nada en concreto, pero conozco a Murdock.

Dickson soltó una risita y se volvió dando la espalda, para tropezarse con “Mammie”, que estaba a su lado sosteniendo un vaso de *whisky*. Dickson se lo agradeció con una sonrisa, y sintió lástima de ella.

Apuró el vaso de un trago y se preguntó: “¿Por qué no?”.

Luego encaróse de nuevo a Madison, que le miraba con los ojos entrecerrados.

—De acuerdo, Madison —dijo—. Voy a dormir. Pensándolo bien, estoy cansado.

No esperó la respuesta y empezó a caminar hacia la escalera. Como esperaba, “Mammie” fue detrás de él.

En el primer rellano la besó en la nariz, y luego, ya en el pasillo, casi frente a la puerta de su dormitorio, se encaró con ella.

—Quiero hacerte unas preguntas, Jana —dijo—. ¿Puedo?

—Inténtalo al menos, querido —fue la respuesta de ella.

—¿Tienes mucho dinero, Jana?

Ella agrandó los ojos.

—¿Qué intentas? ¿Plantarles, Peter?

Dickson soslayó la respuesta. En vista de esto ella replicó:

—Tengo alguno, pero no mucho. Si me esperas te lo traeré.

—Espera, Jana. Aún hay otra pregunta. ¿Estás muy enamorada de mí?

—No debías preguntarme eso, querido. Creo que lo sabes bien. ¿No?

—¿Te marcharías si yo te lo pidiera? ¿De aquí, de esta casa, Jana?

Ella bajó los ojos al comprender.

—Es Yalú, ¿verdad?

Dickson fue ahora quien la miró con sorpresa.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó—. Yo solo la he visto una vez.

—Sí, te vi con ella. Al menos entrar en sus habitaciones. Al día siguiente, Yalú se despidió. Pero ella, según tú, es... —agrandó mucho los ojos y preguntó—: Peter: ¿Es que tú también...?

Se calló sin atreverse a continuar y Dickson no la sacó de dudas. Simplemente volvió a preguntar:

—¿Te irías, Jana?

—Sí, si tú lo mandas.

—Bien. ¿Cuál ha sido tu mayor ilusión en esta vida?

—Tú, Peter —bajó los ojos y Dickson vio cómo su semblante enrojecía, tal vez por vez primera en muchos años— Luego, y completamente sola, me gustaría apartarme de todo esto. Poner una pequeña tienda de flores, lejos de aquí. En Chicago, por ejemplo. Pero no tengo ni para empezar.

Dickson se metió la mano en el bolsillo. Jana vio el rollo de verdosos billetes. Intentó protestar, pero él le tapó la boca con la mano.

—Voy a ayudarte, Jana —dijo—. Ahí hay diez mil dólares. Vete cuanto antes.

Ella le miró a los ojos. Su vacilación era bien patente. Luego optó por tomarlos y se los guardó en el pecho. Le miró y dio media vuelta, diciendo:

—Lo haré, Peter. Lo haré, siquiera por ti.

Se alejó rápidamente, y Dickson se dio cuenta de que estaba llorando.

No se desnudó. Se tendió sobre el lecho tal y como estaba, con la mano bajo la axila y acariciando la culata de la “Parabellum”. Media hora más tarde se quedó dormido con un sueño profundo y reparador. Por tanto, no pudo darse cuenta de lo que ocurría en la casa, tres horas después.

CAPÍTULO XIV

Despertó sobre las diez de la mañana. Se quitó el traje de etiqueta, se puso otro más en consonancia con el lugar donde se encontraba y bajó al *hall*.

Entonces recibió dos sorpresas, aunque también le aguardaba la tercera, cosa que tampoco sabía. La primera fue encontrarse con que “Mammie” todavía estaba allí, y la segunda que, junto a ella, fumando un cigarrillo, en una larga boquilla de ámbar, estaba Donna.

Junto a las dos mujeres, Madison, Falcon y O'Donell.

Bajó lentamente los escalones dándose cuenta de que las miradas convergían en él.

Se acercó a la mesa y “Mammie” se puso en pie. Pero no se acercó para besarle. Simplemente, dijo:

—¿Quieres el desayuno aquí o en la cocina, Peter?

—Lo tomaré en la cocina, “Mammie” —y luego añadió encarando a Donna—: ¿Cómo está mi flamante esposa, ricura?

—¡Lárguese al cuerno con sus bromas, Dickson! No me es simpático. ¿No lo sabía? Estoy esperando a que termine esto para quitármelo de encima. ¿Está claro?

—¡Como el Evangelio, niña! ¿Algo más?

—Sí —replicó ella—. Anoche te trajimos un regalo de parte de Murdock. Está en el sótano.

Y le tiró una llave, que Dickson tomó al vuelo. La miró por todas partes, como si en vez de una simple llave fuera algo sumamente excepcional.

—Bien, gracias —dijo después—. Voy a ver ese regalo.

Dio dos pasos, pero Madison le interrumpió.

—Espera unos minutos, Dickson —dijo—. Se trata de Murdock.

—¡Síiiii! ¿Y qué quiere?

—Va a venir esta noche. El “pendentiff” está en su poder, y con eso se retira de la circulación. Me ha dicho que os notifique que traerá dinero. Los suficientes dólares para que podamos darnos unos cuantos meses de buena vida. ¡Ah! También quiere que nadie se mueva de esta casa, hasta que él se haya ido. Eso va por ti, Dickson. No digas después que no te advertí.

Dickson captó la amenaza que había en las palabras de Madison y se permitió una sonrisa.

—Está bien —replicó—. No me moveré de aquí. ¿Puedo ir a ver ese regalo?

Madison rio por lo bajo y el rostro de “Mammie” se nubló un tanto, pero no dijo nada.

—Sí. Y espero que te, guste.

Donna ni le miró cuando pasó por su lado. Dickson lo hizo lanzando una fugaz mirada a aquel bolso que, según ella, llevaba la muerte en forma de una inofensiva jeringuilla.

Bajó al sótano silbando alegre, pensando en que posiblemente todo sería una broma de Madison. ¿Qué regalo le iba a mandar Murdock a él?

Y sin embargo, era así. El regalo se encontraba allí, detrás de una enrejada puerta, como las de las cárceles. Dickson lo supo, y no porque lo viera de la primera ojeada, sino porque oyó un leve rumor en el interior de aquella especie de celda. Se acercó, y al punto contuvo el aliento.

Yalú estaba allí. Tenía las ropas desgarradas, los ojos con un cerco violáceo y un oscuro manchón en la barbilla.

Se acercó, tocando los barrotes con las manos:

—Miss Jackson —llamó—. Acérquese. Es importante.

Ella levantó los ojos para mirarle, y Dickson no pudo ver odio en ellos. Si acaso una completa indiferencia. No obstante, se levantó, yendo hasta la enrejada puerta.

—Usted otra vez, ¿no? ¿Qué quiere? ¿Ha venido a burlarse de mí?

Dickson ya tenía trazado un plan cuando la llamó.

—Nada de eso. Sólo a decirle que tenga paciencia por unas horas. Luego la sacaré de aquí.

—¿Espera que lo crea?

—No, pero es verdad. Escuche. El jefe de todo esto, Murdock, va a venir esta noche. Antes bajaré a traerle unos bocadillos. Le daré esta llave. Salga de aquí y telefonee a la policía. Luego regrese. Si no lo hace, esta gente se olerá algo, y quizá me maten.

—Con lo que no se perdería gran cosa.

—Escucha, portento —la tuteó ahora—. Vas a hacer lo que te digo. Mi nombre es Jack Murphy, ricura. Soy el hijo del inspector Murphy de la Brigada de Homicidios. Estoy aquí para investigar y averiguar quién es el hombre que se esconde; bajo el seudónimo de Murdock. Habla con mi padre y dile que Murdock vendrá esta noche. Posteriormente ya te daré la hora, bombón.

Ella rio nerviosamente.

—Eso sí que no me lo creo.

—¿Puede decirme qué gano yo con mentirla?

Sin esperar respuesta Dickson dio media vuelta y regresó al lado de “Mammie”. Sin cruzar una sola palabra con Donna se puso a jugar al póker con Falcon, Madison y O’Donell,

Y las horas fueron transcurriendo.

Eran las siete y media de la tarde cuando Madison puso punto final a la partida. Dickson, que estaba perdiendo, le miró.

—¿A qué hora vendrá Murdock? —preguntó—. Te lo digo porque si ha de tardar, podemos continuar con esa partida. Estoy perdiendo, Madison.

—Lo sé. Pero estoy nervioso. Y los demás también.

Era verdad. Por tanto, Dickson, y también porque no le convenía a sus intereses, lo dejó pasar. Miró a “Mammie”, que le sostuvo la mirada.

—Haz unos cuantos bocadillos, “Mammie” —dijo—. Creo que mi regalito estará pensando que quiero matarla de hambre.

—Para lo que va a durar, déjala que pase un poco de hambre. ¿Acaso no sabes que Murdock quiere que la liquides tú, Peter?

Dickson miró a Donna.

—Lo haré con gusto, querida esposa —dijo socarrón—. Pero la chica es

mía, según Murdock, y voy a alimentarla ahora. Vamos, “Mammie” —y miró a Madison—. ¿Hay algún inconveniente en ello? —preguntó.

Este se encogió de hombros sonriendo. “Mammie” iba ya hacia la cocina y Dickson fue detrás.

Ella tardó menos de cinco minutos en prepararlo todo. Le tendió el plato a Dickson y le miró largamente.

—Vuélvete de espaldas, ¿quieres?

Dickson hizo una mueca.

—¿Para qué? —preguntó, extrañado.

—Deseo darte algo, querido.

Dickson lo hizo así, preguntándose a qué vendría tanto misterio. Al punto oyó el frufrú de la tela del vestido de ella. Luego siguieron unos segundos de silencio.

—¿Puedes volverte, Peter?

Dickson lo hizo así. “Mammie” estaba parada frente a él, sosteniendo en la mano, y por el cañón, una automática “Colt” del 32. Se la alargó con la sonrisa en los labios.

—No me gustaría que se quedara sin un arma, Peter —dijo—. Puedes darle ésta. Está completamente cargada.

—Gracias, “Mammie” —fue todo lo que acertó a decir, comprendiendo.

Se volvió para alejarse, sin preguntarle por qué permanecía aún allí.

Ella le llamó. Y al volverse, Dickson la tuvo en el acto en sus brazos. La besó otra vez, notando que aquel beso ya no era como habían sido los demás. Que, al menos, por parte de ella, había amargura, y tal vez una muda despedida.

Dickson se apartó sin decir una palabra y minutos más tarde se encontraba frente a la enrejada puerta. Yalú se acercó al verle con sus grandes y negros ojos carentes de toda expresión.

Dickson le alargó la comida.

—Puede comer lo que quiera, no está envenenada.

—Sería igual, ¿no? ¿O es que se cree que no sé lo que me espera?

—Nada, si hace lo que le dije. ¿Lo hará?

—¿Cómo puedo creerle?

Dickson la tuteó de nuevo.

—Escucha, ricura. Murdock va a venir esta noche. No he podido averiguar a qué hora vendrá —le alargó la llave y la pistola—. Está cargada, ¿sabes? Úsala sin reparos si alguien intenta detenerte. Pero procura que no te vean si no quieres que todo se vaya al diablo. Yo me marchó.

—No... no puedo creerlo...

—Pues es verdad, ricura. Como lo es también el que deseo que todo esto termine. Creo... sí, creo que llegaremos a ser algo más que buenos amigos, Yalú.

Ella había guardado el arma en el pecho. Ahora le estaba mirando; con uno de los bocadillos en la mano. Dickson apartó los ojos de ella para decir:

—Me voy, Yalú. Sé que regresarás. Cuando lo hagas, enciértrate por dentro y no abras a nadie como no sea a mí. Dispara si intentan algo en contra tuya. Adiós, ricura.

Se volvió para alejarse.

—¡Espere, Jack!

Se volvió y en un segundo estuvo junto a la puerta. Yalú miraba la reja con sus insondables ojos llenos de misterio. Luego le miró a él.

—No sé —movió la cabeza con gesto dubitativo—. No sé si podré darle un beso a través de estos barrotes, Jack. Acérquese, ¿quiere?

Agradablemente sorprendido Dickson o Jack Murdock obedeció. Y Yalú lo consiguió. Y fue tan largo que únicamente se separó cuando casi perdió el aliento por completo.

—¡Oh, Jack! —dijo—. ¡Es usted el hombre más valiente que he conocido!

Con la sonrisa en los labios, Dickson dio media vuelta y se alejó. Pero cuando llegó a donde estaban los demás, su gesto había cambiado por completo. Fuera de la cabaña, la oscuridad empezaba a ser completa.

Donna seguía fumando. Fue la única que pregunta cuando le vio llegar:

—¿Cómo está esa gata, querido?

—Bien. Y aún hay más; bombón. Besa mucho mejor que mi querida esposa.

Donna hizo una mueca de fastidio y no replicó. Siguió fumando en silencio.

Dickson se acercó a una silla y fue a sentarse. Madison se lo impidió.

—No, Dickson —dijo—. ... Ahí no. Murdock dijo que tenías que hacerlo junto a la puerta del sótano. Yo, donde estoy. Donna al lado de la mesa con “Mammie”. O’Donell y Falcon, juntos, cerca de la escalera —miró el reloj y añadió—: Creo que será mejor que empecemos a ocupar nuestros puestos.

Dickson no protestó. Fue al lugar indicado y miró cómo todos obedecían en silencio.

Pasaron aún dos horas largas antes de que Madison, que iba y venía hasta la ventana, se acercara rápidamente hasta el interruptor de la luz para acto seguido dejar la estancia a oscuras.

Dickson siguió su difusa silueta hasta que vio como se sentaba en el lugar que había dicho. La tensión que reinaba en el ambiente se hacía completamente irresistible a medida que iban pasando los segundos.

Repentinamente, una silueta se recortó en el umbral de la puerta. Alguien, posiblemente “Mammie”, hizo un movimiento nervioso.

—¡Que nadie se mueva mientras esté yo aquí! —Dickson notó que

aquella voz no tenía acento extranjero—. ¿Están todos aquí, Madison?

—Sí, jefe.

—¿Dickson?

—Sí, junto a la escalera del sótano.

—¿Donna, “Mammie”?

—Sí; junto a la mesa.

—¿O'Donell, Falcon?

—Sí; al pie de la escalera.

—Bien, no se muevan —siguió una pausa, y luego el desconocido añadió—: He venido porque me voy de los Estados Unidos. Por tanto, la banda se disuelve. Cuando me marche, dejaré junto a la puerta un sobre. Madison se encargará de repartirlo entre todos vosotros a partes equitativas. Quedarán contentos, muchachos. Pero antes de esto, quiero hablar unos segundos con Dickson. ¿Sigue ahí?

—Completamente inmóvil, Murdock. ¿Qué es ello?

—Madison y usted van a bajar al sótano. Hay que pasaportar a esa chica. Es hija del teniente Jackson del Departamento de Homicidios, y sabe demasiado. Luego, cuando regrese, quiero hablar con usted, de una manera muy especial. En el automóvil tengo a un tipo que dice que le conoce, Dickson. Jura y perjura que usted no se llama así. Quiere echarle un vistazo. ¿Qué tiene que decir a eso?

—Simplemente, que está loco. Se lo demostraré...

—¡No se mueva hasta que yo lo diga, Dickson! —advirtió al notar el movimiento de él en la oscuridad. —Ahora retroceda y baje la escalera. En el cuarto escalón espere a que Madison se reúna con usted.

Dickson se puso en pie lentamente. Luego hizo lo que se le mandaba y tanteó los escalones con los pies antes de decidirse a bajarlos. Se detuvo en el cuarto.

Dos o tres segundos después oyó los pasos de Madison. Ahora estaba en la escalera, bajando. Repentinamente ésta se inundó de luz, y Dickson pensó que Madison había dado al interruptor. Giró la cabeza para mirarle.

—Puede seguir bajando, Dickson —dijo éste.

Dickson descendió un poco y luego se detuvo. Madison tenía la automática en la mano. Dickson se llevó la mano a la axila y sacó la “Parabellum” con rápido ademán. Al punto vio cómo Madison le encañonaba. Rio sin alegría.

—¿Qué te ocurre, Madison? ¿Te pone nervioso el despachar a una chica tan hermosa como esa?

Madison inició una torcida mueca.

—Sigue bajando, Dickson —apremió—. No estoy nervioso. Lo que ocurre es que no me fío de ti. Eso es todo.

Dickson rio de nuevo y bajó ahora sin volver la cabeza atrás. Pisándole los talones fue Madison. Dickson se detuvo frente a la enrejada puerta.

—Vamos, ricura —dijo después de soltar una risotada—. Aquí llega un amigo que quiere verte. Arrímate a los barrotes, querida.

Dentro de la celda se oyó un frufrú de tela y Dickson respiró tranquilo. Ella había vuelto... o no había salido. Detrás de él, Madison respiraba fuerte. Tenía que arriesgarse. Ahora o nunca. No sabía si Murdock le había dado orden de que le liquidara cuando Yalú apareciera en escena.

Aspiró hondo y se volvió como una centella llevando la pesada “Parabellum” cogida por el cañón. El bestial golpe alcanzó a Madison en plena mandíbula tomándole completamente desprevenido.

Dickson oyó el crujido de los huesos y no esperó a verle caer.

—Vamos, nena —dijo apresuradamente—. Sal de ahí.

La cerradura giró por dentro y Yalú apareció ante su vista.

—¿Has hecho lo que te dije?

—Sí, Jack.

—Ayúdame, ricura.

Y al decirlo tomó por los brazos a Madison. Ambos le arrastraron hasta la celda. Dickson cerró la puerta. Luego la miró a ella.

—Ven —dijo.

La condujo hacia un lugar donde el sótano hacía un recodo.

—Quédate aquí y no te muevas para nada, Yalú. Pase lo que pase. Confío en que nuestros padres vengan pronto —la miró en silencio durante unos segundos y dijo—: Ahora, pórtate bien, querida, y dame un beso.

Ella le complació largamente, y Dickson la dejó sola. Junto a la celda hizo descansar la “Parabellum” en su mano y disparó dos veces. Luego corrió a esconderse junto a la escalera.

El resultado de la treta no se hizo esperar. O'Donell preguntó desde lo alto:

—¿Qué pasa? Ha sido la chica, ¿no?

—¡Cuernos que no, O'Donell! Baja, es ese idiota de Madison. Creo que se ha vuelto loco. Dice que le gusta la chica y que no quiere que la maten. He tenido que pegarle un par de tiros en una pierna. Ayúdame a llevarle arriba.

O'Donell bajó y detrás de éste lo hizo Falcon. Ambos muy aprisa. Dickson levantó el arma empuñándola por el cañón y la dejó caer. O'Donell se desplomó de cabeza y Falcon tuvo que saltar sobre él para caer también.

Cuando intentó volverse mascullando una imprecación, Dickson acabó con él golpeándole la nuca con el canto de la mano izquierda para, en el acto, rematar su obra con la pistola.

Les arrastró hacia la celda que ocupaba Madison, y ahora, con el arma en la mano empezó a subir la escalera dispuesto a enfrentarse con Murdock y con Donna.

Llegaba a la mitad cuando comprendió súbitamente que éste no se

dejaría atrapar nunca. El ruido del cerrojo al correrse por la parte contraria se lo indicó.

Dickson subió apresuradamente hasta la puerta. Con la automática en la mano miró los remaches. Y necesitó hacer cinco disparos antes de que el cerrojo quedara suelto.

Abrió de un empujón y salió rápidamente al oscuro *hall*. Al punto, algo se estrelló contra su cabeza, y en el acto se sumió en la más completa oscuridad.

Cuando se despertó dos horas más tarde, no reconoció el lugar donde se encontraba. Era una habitación bastante estrecha. Había una mesa y dos sillas. Intentó moverse porque, sentado en una de las sillas, estaba el fiscal del distrito V. Chick S. Davison, mirándole con gesto divertido; pero no pudo.

Entonces se dio cuenta de que estaba atado de pies y manos. Ante su gesto sorprendido, Davison rio. Luego empezó a hablar:

—Sorprendido, ¿verdad? Pues, sí, yo soy Murdock. Desde niño ansié dinero y poder. Sí, soy de buena familia. Pero mis padres me ataron corto y nunca tuve nada mío. Incluso ahora, mi fortuna depende de una tutoría por extraño que parezca, en virtud de la última voluntad de mi padre. Es sensible, ¿verdad? —rio de nuevo—Nos están buscando desde hace rato. Por eso no está la chica con usted. Es... es lo único que siento. Que no le haga compañía esa mestiza. Sabrá que voy a matarle, ¿no? Pero no se alarme. No lo haré ahora. Ya le digo que nos están buscando. Cuando le golpeé intenté bajar al sótano a por la chica y ver qué es lo que había hecho usted con esos imbéciles. Por la ventana vi los automóviles que se acercaban, y entonces le traje aquí. ¿Sabe dónde estamos? Bajo la quinta. No se sonría, no nos encontrarán.

Calló como aguardando algo, alguna pregunta de su prisionero. Acertó.

—¿Y Donna?

—Huyó al oír los automóviles. Lo mismo que “Mammie”. Pero mientras le traía aquí, pude darme cuenta de que cada una iba por un lado diferente. Espero que las atrapen.

—¿Y las joyas?

—Aquí, junto a nosotros. No me hubiera costado mucho sacarlas del país. Soy un político. Por tanto, nadie me hubiera registrado en la aduana. Era muy sencillo. Ahora tendré que esperar un poco antes de poder salir de este agujero. Y lo sentiré por usted, porque se quedará aquí. ¿Cómo se llama en realidad?

—Jack Murphy, señor fiscal. Soy el hijo del inspector...

—Debí sospechar algo de eso cuando aquella fuga. Fui un idiota. Menos mal que aún hay remedio.

Calló de nuevo y Murphy no dijo nada más. ¿Para qué si ya lo sabía todo? Lo, único que sentía no era perder la vida, sino que un hombre como

S. Davison quedara impune. Le mataría, saldría de allí, y ahora, con toda la banda disuelta, nadie le relacionaría con Murdock, y mucho menos cuando antes tampoco lo relacionaron con él.

De repente, se sintió somnoliento. Le parecía sentir un olor fino, dulzón... Aspiró cuidadosamente, miró a Davison. Vio como este también olía. Luego se puso en pie. Dejó caer el cigarrillo que estaba fumando y dio un par de pasos vacilantes en dirección a él.

La última noción clara que tuvo de las cosas fue ver caer a Murdock cuan largo era. Después perdió por segunda vez el conocimiento.

* * *

Cuando más tarde lo recobró, se encontraba tendido en el suelo, bajo los árboles, y con la cabeza descansando en las largas y esbeltas piernas de Yalú.

Miró en torno y sonrió. Frente a él estaba su padre, el teniente Jackson y el sargento Nolan.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó con un hilo de voz.

—Nada extraordinario, hijo —replicó el inspector Murphy—Vinimos a escape, pero llegamos tarde. Ninguno nos dimos por vencidos, y más al encontrar a Yalú en el sótano junto al regalito que nos dejaste para nosotros. Empezamos a buscar. Fue Nolan quien descubrió el escondite por pura casualidad. Él no fuma, como sabes. Y olió a humo de tabaco. Trató de descubrirlo... Nos llamó, y entre todos empezamos a registrar el suelo. Hay una rejilla junto a una de las ventanas. Era por ahí por dónde salía el aroma del cigarrillo de S. Davison. Escarbamos con cuidado y pudimos verle. Mientras yo le apuntaba con la pistola por si intentaba algo contra ti, Nolan y Jackson vertieron una cantidad de éter por la rejilla. Luego tuvimos que cavar como locos hasta hacer un agujero lo suficientemente grande para descolgarnos hasta allí. Después, Davison se rio, dijo que se le había olvidado decirnos que la entrada está detrás de la biblioteca. Basta apretar una de las maderas del zócalo para que la puerta secreta se abra. Se lo han llevado, junto al cadáver de una mujer. Le encontramos en el bolso una automática y una jeringuilla de poner inyecciones. ¿Sabes tú algo de eso?

Jack Murphy lo dijo.

—Haré que la examinen en el laboratorio. Ahora levántate y vámonos. Un policía tiene otras obligaciones más urgentes que no estar ahí...

—Olvidas que aún no soy policía, papá. Cuando lo sea ya hablaremos. Ahora prefiero hablar con ella unos segundos.

Y se puso en pie. Los demás se fueron, dejándoles solos.

Ambos permanecieron mirándose en silencio. Murphy pensaba en

Donna, que se había suicidado, y en “Mammie”, que había sido lo suficientemente lista para escapar, aunque en contra de ella no había nada, como no fuera su convivencia con los *gangsters* de la banda de Murdock. Se alegró de esto.

—¿En qué piensas, Jack?

La miró de frente y sonrió.

—En nosotros —mintió con todo cinismo y en tono convincente—.

¿Por qué no te portas bien y...?

Yalú no le dejó acabar. Le echó los brazos al cuello y le besó apretándose contra él.

—¡Oh! —susurró después—. Creo que después de saber cómo besas, si me pides en matrimonio no voy a poder negarme... aunque sea algo demasiado prematuro, querido.

—Tal vez lo haga, si me explicas tu extraño nombre.

—Nada hay de extraño en él. Mi madre era japonesa, Jack. Se casó con papá en Tokio. Yo he estado usando su apellido hasta ahora. ¿Me vas a pedir en matrimonio?

Murphy se encogió de hombros.

—Tendré que probar otra vez, ricura.

Y la prueba que ella le ofreció con sus labios le convenció por completo.

FIN

Clark Carrados
**LOS MUERTOS NECESITAN
HIELO**

Un libro que
usted leerá
por lo menos
dos veces.

Aparecerá la próxima semana
en esta colección



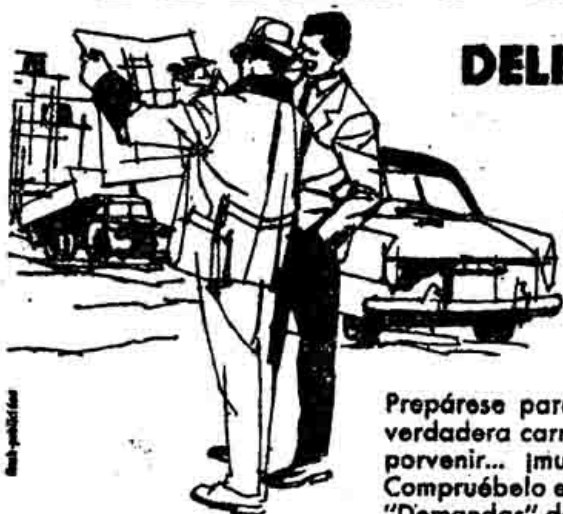
Precio:
7 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

FAMOSOS

DELINEANTE

¡Un
profesional
que escasea!



Prepárese para una profesión, verdadera carrera, segura y de porvenir... ¡muy bien pagada! Compruébelo en las páginas de "Demandas" del periódico. Con el Curso AFHA de Delineante-Proyectista, usted adquiere

una sólida preparación: proyecta, traza planos, realiza despieces, aprende diseño industrial. Con AFHA usted hace algo más que trazar planos: se convierte en un delineante-proyectista eficaz e insustituible para el arquitecto o el ingeniero.

Aprenda a delinear y a proyectar con el Curso que mejor se adapte a sus propósitos: Delineante-Proyectista en general, Delineante-Proyectista mecánico, Delineante-Proyectista de la Construcción.

OTROS CURSOS: DIBUJO - FOTOGRAFIA

INGLES - FRANCES -

M. Nicolau, 9-11 BARCELONA - Hileras, 4 MADRID (TS)

CURSOS AFHA

INGLES

El idioma
del
comercio



Aprenda un idioma imprescindible en las relaciones comerciales internacionales. Pero apréndalo con un método eficaz, rápido y sencillo: El Curso AFHA de Inglés por el método **Visualphone**, por el sonido y la imagen. Con y sin discos.

Si sigue el curso con discos, AFHA le facilita un tocadiscos "Young Music" de Kolster casi regalado. ¡Infórmesel!

**OTROS CURSOS: DIBUJO - FOTOGRAFIA - DELINEANTE
CORTE Y CONFECCION**

¡GRATIS!
Recorte
y envíe
este cupón
HOY MISMO
y recibirá
amplia
información.

Envíeme sin compromiso amplia información
del Curso (escriba el que le interesa)

AFHA

Curso _____

Nombre _____

Domicilio _____

Población _____

W. NÚMERO 71 BARCELONA 6 - 41 torres 1 MADRID 213

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"

787 — Jesús Navarro
AQUELLA NOCHE
EN CAPRI

COLEC. "MADREPERLA"

683 — Carlos de Santander
TE VOLVERE LOCO

COLECCION "ROSAURA"

627 — Valentín del Barco
PARA QUE TU
PISES FLORES

COLECCION "AMAPOLA"

514 — María Teresa Sesé
UN MUCHACHO
DE BILBAO

COLECCION "ALONDRA"

448 — Corín Tellado
ME CASE CON EL

COLECCION "CAMELIA"

389 — Mary Vidal
BUSCANDO AVENTURAS

COLECCION "CORAL"

205 — Corín Tellado
EL PROFESOR
DE FELICIDAD

COLECCION "BISONTE"

728 — Joe Sheridan
CONTRA SU DESTINO

Col. "SERVICIO SECRETO"

592 — Joe Mogar
PORTATE BIEN, QUERIDA

COLECCION "BUFALO"

425 — M. Lafuente Estefanía
EL CAPITAN "GUN-MAN"

COLECCION "TEXAS"

293 — Alf. Regaldie
DOS DESALMADOS

COLECCION "CALIFORNIA"

272 — A. Rolcest
LLAMO EL PLOMO

COLECCION "COLORADO"

217 — M. Lafuente Estefanía
UNA MUJER VENGATIVA

COLECCION "KANSAS"

183 — Keith Luger
EL REVOLVER DE
JESSE JAMES

Col. "HEROES DEL OESTE"

165 — M. Lafuente Estefanía
REPARTO DE PLOMO

COL. "ASES DEL OESTE"

135 — Fidel Prado
DINAMITA EN EL RANCHO

COLEC. "BRAVO OESTE"

47 — Silver Kane
LAS HUELLAS
DEL DIABLO

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona

Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

COLECCION HISTORIAS

Libros clásicos
del mundo
juvenil



precio:
30 ptas.

250 ilustraciones en
cada volumen.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera, S. R. L.
Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carre-
ra 6.ª núm. 13-78 - BOGOTÁ.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSE.

CUBA: Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 57.
LA HABANA.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B
SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - CIU-
DAD TRUJILLO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y
Sucre. QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Boyacá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42
GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Iztacihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este,
número 5-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - LA ASUN-
CION.

PERU: Victor Rosas Ramírez - Mercaderes, 450 - LIMA.

PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Orien-
te 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485
MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-
quín a la Cruz, 178 - CARACAS.

LLUVIA DE ESTRELLAS



*Cornel Wilde
Jane Russell*

N.º 1423

Cornel nació en Nueva York el 13 de octubre de 1915, y Jane Russell en Bemidji, Minnesota, el 21 de junio de 1921. Juntos han interpretado una sola película: «Sangre caliente».



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PREGO EN ESPAÑA: 7 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain